AGUAS TURBULENTAS

ICHIYŌ HIGUCHI

Aunque volcada principalmente en la poesía (escribió varios miles de poemas), Ichiyō Higuchi también abordó la prosa con un precioso diario y alrededor de unas quince narraciones, cinco de las cuales —probablemente las mejores— se reúnen en el presente volumen, encabezadas por la novela corta *Aguas turbulentas*, sobre el mundo de las geishas que ella conocía bien por haber vivido cerca de un barrio de prostitución de Tokio. Con una diafanidad, sentido del detalle y capacidad poética impresionantes, en estas conmovedoras narraciones se tratan los temas mayores de la literatura clásica del Japón (el conflicto por la diferencia de clase social, la artificialidad e injusticia de una sociedad en demasía codificada, etc.) enriquecidos por la sensibilidad del punto de vista femenino que analiza, con especial agudeza, la infelicidad resultante de los conflictos sentimentales agravados por las cortapisas sociales. No en vano, el gran Mori Ōgai (*Vita sexualis*), otro gran escritor de la era Meiji escribió: «quizá sea mirado con extrañeza si digo que me considero un adorador de Ichiyō. Es una escritora que tiene un auténtico sentido de la poesía, y sabe hacer eso tan difícil que es inscribir perfectamente a un personaje en su medio social. Ichiyō es una mujer de genio excepcional».

Ichiyō Higuchi

Aguas turbulentas

ePub r1.0
Titivillus 19-06-2023

Ichiyō Higuchi, 1895
Traducción: Cirilo Iriarte

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Aguas turbulentas (*Nigorie*)

1

—¡Señor Kimura! ¡Señor Shin! ¡Vengan! ¿No habían prometido detenerse aquí? ¡Pero, mira por dónde, pasan de largo para ir a beber a casa Futaba u a otro sitio! Yo misma voy a invitarme sin pedirles permiso, ¡van a ver! ¡Al menos entren aquí cuando vuelvan de los baños, si es que es ahí adonde se dirigen! ¡Son unos mentirosos, nunca sé cuando debo creerles!

La mujer, de pie ante el establecimiento, se dejaba llevar por el mal genio. Los hombres tenían aspecto de ser clientes habituales. Cuando pasaron ante la mujer arrastrando sus chanclos de madera, ella se había puesto a sermonearles, pero esto no pareció alterarles lo más mínimo.

—¡Más tarde! ¡Más tarde! —exclamaron para calmarla.

La mujer chasqueó la lengua viendo cómo se alejaban. «¡Casi seguro que después no vienen! ¡Una vez los hombres se casan ya no se puede hacer nada con ellos!», murmuró para sus adentros mientras volvía a entrar en el local.

—Otaka, ¿por qué te enfadas? ¡No tiene importancia! ¡No te impacientes, ya verás como él pronto volverá contigo, igual que antes! ¡Retornará el ardor! ¡No te inquietes, basta aguardar y la magia de tus plegarias hará el resto! —La consoló otra chica del establecimiento.

—Yo no soy como Oriki, ya sabes, no tengo su talento. ¡No puedo permitirme dejar escapar a ninguno! Y, además, ¡la gente sin suerte como yo no puede contar demasiado con la magia de las plegarias! Me parece que tendré que volver a salir a la calle esta noche para atraer a algún cliente. Verdaderamente, ¡esto no es vida!

En un arrebato de rabia se sentó delante del establecimiento y se puso a golpear ruidosamente el suelo con las suelas de las sandalias.

Tendría unos veintisiete años, quizá treinta. En lugar de las cejas depiladas llevaba pintado un trazo negro, y una espesa capa de polvo blanco cubría su rostro. Sus labios, repletos de un rojo tan chillón, hacían pensar más en un perro devorador de hombres que en una cortesana.

La mujer a la que Otaka se había referido, Oriki, era una verdadera belleza: esbelta y de talla mediana; sus cabellos, recién lavados, estaban recogidos en un moño alto anudado con ayuda de unas briznas de paja aún verde; su piel era tan pálida que el maquillaje resultaba innecesario, salvo en el cuello, donde el polvo blanco había sido levemente aplicado. Llevaba el kimono un poco suelto, como invitando a los ojos a asomarse hacia el contorno diáfano del pecho. De modo poco decente, se hallaba sentada con una rodilla en el suelo y la otra alzada, y exhalaba con su larga pipa repetidas bocanadas de humo.

Por suerte nadie había allí para llamarle la atención. Con solo una mirada, se comprendía que era una de las chicas del barrio. Su kimono de verano con motivos llamativos estaba ceñido a la espalda mediante un largo echarpe que le caía hasta muy abajo, en satén negro y forrado con un tejido de mediocre calidad. Por la parte inferior sobresalían los lazos escarlata con que se había hecho el nudo.

Otaka, que se rascaba la base del moño con una aguja plateada para el cabello, ponía cara de estar recordando algo.

—Oriki, ¿has enviado la carta?

—Sí —respondió la aludida distraídamente—. De todos modos él no volverá. ¡Ha sido solo por cortesía! —añadió sonriendo.

—¡Para ya con tus historias, Oriki! No pretenderás hacerme creer que has utilizado todo ese papel y dos sellos en el sobre solo por cortesía. Lo conoces de Akasaka[1], ¿verdad? ¡No irás a dejar de verlo por un simple y leve malentendido! ¡La pelota está en tu terreno! Debes hacer un esfuerzo y tratar de retenerlo. ¡Si no, te arriesgas a pagarlo caro!

—Gracias por el consejo. Realmente eres muy amable. Pero ese hombre no me gusta. No hay nada entre nosotros, ¡hay que hacerse a la idea!

Hablaba manifestando la más absoluta indiferencia.

—¡En verdad que eres increíble! —le dijo Otaka riendo—. ¡Te

permites ser exigente como una gran dama! —Tomó su abanico, se ventiló los pies y añadió—: En cuanto a mí, no es lo mismo. Yo era antaño una flor que, como quien dice, hacía cantar a los ruiseñores, pero hoy…

Por la ventana podían ver pasar a los hombres ante los locales, solicitados aquí y allá por las voces de las mujeres. Al anochecer, el barrio se animaba.

El establecimiento en cuestión era un edificio de dos pisos de algo menos de cuatro metros de largo. Una fila de linternas colgaba bajo el alero y un pequeño montón de sal se hallaba dispuesto en la entrada para atraer la buena suerte. Tras el mostrador, había alineadas botellas con los mejores sakes. No se sabía si estaban llenas o vacías, pero todo hacía pensar que se trataba de un lugar en donde se podía beber y comer. De vez en cuando se oían ruidos de cocina: alguien estaba atizando el horno de tierra. Sin embargo, pese a que el cartel exterior anunciaba que se trataba de un restaurante, la dueña del lugar podía, a lo sumo, servir un cocido o unos flanes salados caseros. ¿Qué pasaría si un día alguien se tomaba esas palabras al pie de la letra y entraba a pedir algún plato? ¿Osarían responderle que ese día no tenían lo que les era solicitado? ¿O bien saldrían del apuro diciéndole que allí solo se atendía a hombres y que a las mujeres se les rogaba educadamente que se marchasen? De hecho, la superchería era de dominio público y todo el que entraba sabía de qué tipo de comercio se trataba. Nadie era tan ingenuo como para pedir pescado asado u otra especialidad culinaria.

Oriki era la atracción principal de la casa. Era la chica más joven y también la más hábil en atraer clientes. Ciertamente, algunas compañeras hablaban mal de ella y le encontraban defectos. Oriki no era lo suficientemente amable, hubiese debido halagar más a los hombres, era testaruda y a veces adoptaba un aire altivo, orgullosa como estaba de su belleza. En cambio, cuando se la conocía bien, Oriki era sorprendentemente gentil. Incluso las mujeres se veían seducidas por su encanto. A fin de cuentas, el corazón no es cosa que se pueda disimular: la flor que iluminaba el rostro de Oriki era la de su personalidad profunda. No había visitante de ese nuevo barrio que no conociese a Oriki, de la casa Kikunoi. Por otro lado, no se sabía bien si había que decir Oriki, de la casa Kikunoi o bien

la casa Kikunoi de Oriki, tan grande era el éxito reciente de esa rara perla. Gracias a su presencia, el barrio entero había ganado en esplendor. Algún que otro envidioso sugería incluso que los dueños de la casa Kikunoi recitaban en su favor algunas plegarias de agradecimiento ante el altar familiar.

Aprovechando un momento en que la agitación de la calle se había apaciguado, Otaka prosiguió su disertación:

—Oriki, sé bien que no debería mezclarme en tus asuntos, pero no puedo evitar ponerme en tu lugar y pensar en Genshichi. Es cierto que se halla en apuros y que está lejos de ser el mejor cliente… Pero estabais muy enamorados el uno del otro, eso saltaba a la vista. ¿Por qué renunciar, entonces? Está la diferencia de edad, cierto, y tiene esposa y un hijo, lo sé, pero ¿es esa, dime, razón suficiente para separarte de él? No; deberías decirle que volviera. En mi caso es diferente: yo caigo siempre en manos de tipos inconstantes que huyen corriendo en cuanto me ven un poco más de cerca, ¡no puedo evitarlo! Ya me he hecho a la idea y por eso paso enseguida a interesarme por otro. ¡Pero tú, Oriki! La solución sería que pidieses a Genshichi que se divorciara, y él lo haría, sin duda. Pero no, por supuesto tú piensas que no es lo suficiente bueno para ser tu marido. ¡Eres tan orgullosa! Y bien, si este es precisamente el caso, no debería costarte demasiado volver a verle… Escríbele unas palabras, el recadero de los Miyakawa ha de pasar por aquí, no tendrás más que entregarle la carta. No eres una chica de clase alta, te lo recuerdo, ¡deja de hacerte la mosquita muerta! Tu problema es que renuncias con demasiada facilidad. ¡Venga, escríbele al menos una carta al pobre Genshichi!

Oriki se hallaba concentrada en la limpieza de su pipa. Con la mirada baja, no respondía a Otaka. Una vez que la cazoleta de la pipa estuvo limpia de hollín, le dio unas chupadas y unos golpecitos y luego la llenó de tabaco. La encendió y, después, se la ofreció a Otaka.

—Deberías tener más cuidado con lo que dices, Otaka. ¡No estamos solas en esta casa, podrían estar escuchándonos! ¿Acaso crees que me gusta que la gente vaya contando que Oriki, de la casa Kikunoi, tiene como amante a un obrero? No, esa historia es cosa del pasado. Me la he quitado de la cabeza por completo. Apenas me acuerdo de cómo se llama ese hombre, ¡que ya es decir! Por lo

tanto, deja de decir todo eso, ¿quieres?

Acto seguido Oriki se levantó y se dirigió a la ventana. Un grupo de estudiantes, que reconoció enseguida por sus vestimentas juveniles, pasaba en ese momento ante el establecimiento. Oriki les llamó:

—¡Señor Ishikawa, señor Muraoka! ¿Se han olvidado de Oriki?

—¡En absoluto! ¿Cómo podría alguien resistirse al atractivo de una voz tan heroica?

Apenas habían respondido, y ya se encontraban en el interior. De inmediato, ruidos de pasos acelerados se sucedieron en el corredor. Los sirvientes se apresuraban. Sin duda los señores deseaban beber. Muy bien, pues. ¿Y algo de comer? Enseguida se oyeron los acordes seductores de un *samisen* [2] y, después, los primeros movimientos de una danza loca. La diversión acababa de comenzar.

2

Un día de lluvia, uno de esos días en que la actividad se veía reducida, un hombre metido en la treintena, elegantemente vestido y tocado con un bombín, pasó ante el establecimiento. Oriki reparó en él y salió corriendo, pensando que quizá sería alguno de los escasos clientes de que gozaría en esta desapacible jornada. Tirándole de la manga, le rogó que entrara y añadió:

—¡Sea como sea, no le dejaré marchar!

Su belleza la autorizaba a los caprichos más audaces.

El hombre que la siguió al interior del establecimiento tenía un porte mucho más distinguido que el de la clientela habitual. Ambos se instalaron en una pequeña habitación del primer piso y se pusieron a charlar calmadamente, sin aparente necesidad de ninguna ambientación musical. El hombre le preguntó la edad, el nombre y su procedencia. ¿Acaso era la hija de un samurái?

—No puedo decírselo —respondió ella.

—Entonces, ¿es usted alguien del pueblo?

—Quizá —se contentó con responder.

—¿Acaso de la nobleza? —dijo él sonriendo.

Llenando hasta el borde la copa de sake de su cliente, Oriki

respondió:

—¡Permita que una princesa le sirva, señor!

—¡Pues qué malas maneras para provenir de una princesa! ¡Servir el sake dejando la copa en el plato! ¿Sigue las reglas de la escuela Ogasawara en materia de etiqueta[3]?

—En absoluto. Yo soy de la escuela Oriki, de la casa Kikunoi. Nuestras prácticas son particulares. Puede que demos de beber sobre los tatamis[4]; o puede, también, que sirvamos el sake sobre la tapa de grandes escudillas, obligando al cliente a beber de un solo trago. ¡Nuestro punto fuerte es no servir a quien nos caiga antipático!

Ella no se intimidaba por nada del mundo. El hombre parecía sentir mucho placer con esta conversación.

—Háblame de usted —le dijo—. Estoy seguro de que tiene cosas sorprendentes que contarme. No parece haber tenido una educación ordinaria, ¿verdad?

—Compruébelo usted mismo. ¡Aún no me han crecido los cuernos bajo el cabello! ¡La vida todavía no ha endurecido mi caparazón! —respondió ella riendo.

—¡No está respondiendo a mi pregunta, dígame la verdad! ¡Ya que no puede hablarme de sus orígenes, háblame del futuro, al menos! —insistió él.

—¡Difícil asunto! Si se lo dijera, ¡se quedaría tan sorprendido! ¡Mi ambición va pareja a la de un Ôtomo no Kuronushi, nada menos[5]! —bromeó ella.

—¿No puede dejar de bromear? ¡Trate de estar seria al menos un instante! Imagino que usted vive en un mundo donde la comedia es la reina y la sinceridad es maltratada, pero dígame la verdad. ¿Ha perdido a su marido o bien hace usted esto por sus padres?

Ante la gravedad de estas preguntas, Oriki sintió que la tristeza la invadía.

—Yo soy un ser humano, ¿sabe usted? Y hay cosas que pesan en mi espíritu. Mis padres murieron cuando yo era muy joven. Estoy sola en el mundo. Oh, claro que hay hombres para los que mi profesión no ha sido óbice a la hora de pedirme matrimonio. Pero no he tenido nunca marido. ¡He crecido en una familia tan despreciable! ¡Posiblemente acabe mi vida de este modo! —respondió ella, dejando que hablara su corazón.

En sus palabras no había el menor deseo de seducirlo o de suscitar su compasión.

—¡No es porque haya nacido en un entorno pobre por lo que no puede usted casarse! Además, una mujer bella como usted, ¡cualquier día podría encontrarse instalada en una casa adinerada! ¡A menos que no desee ser una gran dama y prefiera casarse con un joven y vigoroso obrero!

—Puede que sea eso, sí… Siempre sucede que los hombres que me gustan no se interesan por mí y que aquellos a los que yo gusto no me gustan a mí. Así que vivo el día a día. Debo parecerle muy inconstante…

—¡No, no diga eso! Usted tiene, ciertamente, numerosos pretendientes… ¿No acaba, una de las chicas de la casa, de transmitirle los buenos días de alguien que había venido a verle? Estoy seguro de que pronto van a ocurrirle cosas en su vida…

—¡Usted también es de esos a los que les gusta indagar! Pero sí, es verdad, ¡tengo clientes como para cansarme! Por otro lado, todos esos intercambios de cartas de amor son papel mojado. Si, por ejemplo, usted me pide que le escriba cartas amorosas, ¡le escribiré todas las que quiera! Incluso escribo promesas de matrimonio. Es algo sin riesgo: antes de que yo haya roto el compromiso, el hombre, generalmente, ya se ha retirado por miedo a su mujer o a sus parientes. ¿Por qué debería correr tras él una vez que ha dejado de venir a verme? Prefiero que las cosas funcionen por sí solas. Pues sí, tengo numerosos admiradores, ¡pero ni en uno solo puedo en verdad apoyarme!

En efecto, parecía estar sola en el mundo, debió pensar el hombre.

—Dejemos de hablar de esto —dijo ella—. Tratemos de pasárnoslo bien. ¡Detesto la melancolía! ¡Venga, divirtámonos!

Dio entonces unas palmadas para llamar a las otras chicas de la casa, que llegaron corriendo.

—¡Estáis muy tranquilos, aquí, Oriki! —dijo una joven de unos treinta años, muy maquillada para afrontar la velada.

—¿No podríais darme el nombre del favorito de Oriki? —preguntó de repente el hombre a la joven.

—Yo no lo he oído jamás —respondió Otaka.

—Si miente se arriesga a tener que rezar a Enma [6] el día de la

fiesta de los Muertos —bromeó él.

—Acabamos de conocernos, ¿no es demasiado pronto para desvelar secretos?… Dicho sea de paso, estaba a punto de venir a verle cuando Oriki nos ha llamado.

—¿Y qué quería decirme? —preguntó él.

—¡Quería saber su nombre, solo eso!

—¡Basta de halagos! ¡Oriki va a enfadarse!

La conversación se volvió cada vez más animada y Otaka se mostraba muy locuaz.

—¿Y si tratase de adivinar su oficio?

—¡Se lo ruego, hágalo! —respondió el cliente, tendiendo la palma de su mano.

—No, no necesito la mano. ¡Lo adivinaré por los rasgos del rostro!

Durante unos instantes lo miró a la cara con suma atención.

—¡Basta! ¡Deje de mirarme así! ¡Tengo la impresión de que está examinando todos mis defectos! Voy a decirle a qué me dedico. Quizá no tenga el aspecto, pero soy funcionario del Estado.

—¡Miente usted! ¿Desde cuándo los funcionarios tienen fiesta a mediados de semana? Oriki, ¿qué crees que hace este caballero para ganarse la vida?

—En cualquier caso, no soy un fantasma —dijo el hombre con tono algo burlón. Y sacando la billetera de la manga del kimono, añadió—: ¡Hay una recompensa para quien lo adivine!

Oriki se puso a reír.

—¡Otaka, no seas descortés con nuestro huésped! Es un hombre importante, un aristócrata. Nos rinde esta visita con la más absoluta discreción. ¿Por qué quieres que tenga que trabajar en algo? ¡Pero si no precisa trabajar, eso es evidente!

Y tras decir esto cogió la billetera que él había depositado sobre los cojines planos.

—¿Por qué no dejar que nuestra ilustre *geisha* se ocupe de eso? Procuraré que todas sean recompensadas —dijo ella, poniéndose a sacar dinero de la billetera.

Apoyado en el pilar, el cliente permanecía impasible.

—Haga lo que desee —dijo él.

Era un hombre generoso.

Otaka estaba estupefacta ante la audacia de Oriki.

—No deberías ir tan lejos, Oriki —dijo.

—Pero si se me permite… Toma, esto para ti. Y esto otro para ti. Él me ha autorizado a pagar la cuenta en el mostrador y a repartirnos el dinero. Se trata simplemente de agradecérselo en consecuencia… —aseguró ella, haciendo llover el dinero sobre unas y otras.

Esta estratagema era la especialidad de Oriki. Todo el mundo lo sabía. Nadie se oponía.

—¿En verdad nos autoriza, caballero? —preguntó una chica, pero de modo meramente retórico, pues enseguida tomó el dinero y desapareció dando las gracias.

El hombre la vio marcharse con una sonrisa.

—¡Parece algo vieja para sus diecinueve años!

—¡Dice usted cosas bien desagradables! —dijo Oriki.

A continuación, se levantó, corrió la pared deslizante y se apoyó en la balaustrada. Se dio unos golpes en la frente para alejar su dolor de cabeza.

—¿Y usted? ¿No quiere dinero? —le preguntó el hombre.

—No, yo es otra cosa lo que quiero. ¡Esto! —dijo mostrando la tarjeta de visita del cliente. Se la metió en el ancho cinturón.

—¿Cuándo me la ha cogido? En ese caso, ¡exijo una fotografía de usted a cambio de la tarjeta!

—Venga el próximo sábado si quiere. ¡Podríamos hacernos una foto juntos!

El hombre se disponía a marcharse. Ella no trató de retenerlo.

—Le pido perdón por mi conducta de hoy. ¡Esperaré su próxima visita! —dijo Oriki situándose detrás de él para ayudarle a ponerse la chaqueta.

—No se sienta obligada a decirme tal cosa. ¡Ahórrese las palabras huecas, por favor! ¡Ya es hora, me voy! —dijo.

Empezó a bajar las escaleras. Oriki le siguió, llevaba el sombrero del hombre en la mano.

—Si quiere saber si se trata de palabras huecas o no, ¡no tiene más que mostrarse perseverante y volver otras noventa y nueve noches[7]! ¡Yo no digo las cosas simplemente por cortesía! ¡Oriki, de la casa Kikunoi, no está forjada en el molde que usted cree! ¡Ya lo verá!

Cuando oyeron que el cliente se marchaba, las otras chicas

acudieron corriendo para despedirse de él. La misma patrona del establecimiento salió de detrás del mostrador y se unió al grupo que, al unísono, dio las gracias al cliente.

Alguien anunció que el vehículo estaba preparado. El hombre salió seguido del grupo de mujeres. Un concierto de calurosos «¡Vuelva pronto!» acompañó la partida. Su propina era, evidentemente, el motivo de tanta efusión. Una vez que se hubo marchado, las chicas consagraron a Oriki como diosa de la abundancia y se deshicieron en agradecimientos hacia ella.

3

Su nombre era Yuki Tomonosuke. Se definía a sí mismo como un seductor, pero en ciertos momentos su sinceridad le contradecía. Sin trabajo, mujer o hijos, tenía la edad ideal para aprovechar la vida. Adoptó entonces la costumbre de venir a la casa Kikunoi dos o tres veces por semana. Pronto Oriki se ató a él, hasta el punto de enviarle una carta si pasaba tres días sin venir. Celosas por esta situación, algunas de las otras chicas comenzaron a incordiarla.

—¡Qué agradable debe ser, Oriki, estar con un hombre tan apuesto y, además, generoso! ¡Sin duda triunfará en la vida y te pedirá en matrimonio! ¡Cuídate, pues, de no mostrar las piernas y no bebas el sake en las tazas de té a grandes tragos como acostumbras! ¡Podría parecerle vulgar! —dijo una.

—¿Qué pensará Genshichi cuando lo sepa? ¡Se volverá completamente loco! —se burló otra.

Oriki les respondió con frialdad:

—¡En primer lugar, la calzada se encuentra en tan mal estado que va a acabar estropeando el coche de caballos de Yuki! Convendría empezar a repararla. Y después, esas planchas sobre el badén, que entrechocan cuando alguien se detiene ante el establecimiento, ¡son algo verdaderamente vulgar! ¡Sería bueno que cuidaseis también vuestros modales en su presencia o tendré que prescindir de vuestros servicios!

—¡Eres en verdad odiosa, Oriki! ¡Si no procuras controlar un poco tu maldad, nadie te tomará jamás como esposa! Por otro lado, estoy pensando en decirle algunas palabras sobre tu verdadera

personalidad a Yuki, cuando venga, para que te zarandee un poco, ¡ya verás!

En ese instante, el aludido apareció. Entonces las chicas se volcaron en un intenso chismorreo a propósito de Oriki.

—¡Dice cosas horribles, nunca he conocido a nadie tan caprichosa! ¡Creo que debería usted hacérselo comprender!

O también:

—¡No para de beber sake en tazas de té, y esto es muy malo para su salud!

Él adoptó un aire grave.

—Oriki, no deberías beber tanto —le dijo con severidad.

—¡Vaya, también se mete conmigo, jamás lo hubiese creído de usted! ¿Cómo piensa que puedo seguir adelante en este negocio sin la ayuda del alcohol? ¡Si no pudiese recurrir a él para darme ánimos, la casa Kikunoi estaría más apagada que un templo durante la plegaria! ¡Póngase en mi lugar!

—En efecto —respondió llanamente Yuki sin añadir palabra.

Una noche en que la luna brillaba, Oriki y Yuki se instalaron en la pequeña habitación del primer piso. Desde allí oían los ruidos de la sala de abajo: alegres obreros golpeaban sobre tinajas vacías como si fuesen tambores y bailaban mientras cantaban, a la vez que la mayoría de las chicas de la casa se les unían.

Tendido cuan largo era y con aire feliz, Yuki charlaba tranquilamente con Oriki; aunque, por el modo evasivo con que respondía a sus preguntas, parecía que ella se aburría con la charla, se hallaba como inmersa en una reflexión.

—¿Qué sucede? ¿Tienes dolor de cabeza? —terminó preguntándole.

—No, no es dolor de cabeza, se trata de otro dolor que padezco a menudo.

—¿Estás de mal humor?

—No.

—¿Indispuesta?

—No.

—¿Qué sucede, entonces?

—No puedo decírselo.

—¡A mí sí que puedes decírmelo! ¿Qué es lo que no va bien? ¿Tienes alguna enfermedad?

—¡No es una enfermedad! Me sucede a menudo encontrarme así.

—¡En verdad que eres imposible con tus secretos, Oriki! ¡Háblame de tu padre!

—No puedo.

—¡Muy bien! ¡Háblame de tu madre!

—¡Tampoco puedo!

—¡Háblame de tu pasado!

—¡A usted no puedo hablarle!

—Puedes decirme mentiras si lo prefieres, ¡lo esencial es que me hables! Por otro lado, a las mujeres les gusta mucho contar sus dificultades. ¿Qué mal hay en que confíes en mí? ¡No acabamos de conocernos! De todos modos, aunque no digas nada, veo que alguna cosa te atormenta. ¡Hasta un ciego se daría cuenta! Sé que hay un problema y quiero saber cuál es. Dime, ¿qué es ese dolor que te asalta a menudo?

—¿Podría dejar de preguntarme de ese modo? ¡Si se lo dijera, vería enseguida que no se trata de algo interesante!

En ese instante, una de las chicas de la casa llegó con unos vasos sobre una bandeja y murmuró al oído de Oriki que alguien estaba aguardándola abajo.

—No, no tengo ganas. Dile que esta noche tengo un cliente y que hemos bebido mucho. Dile que no sería una buena compañía si nos viéramos —respondió frunciendo las cejas.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres que le responda? —insistió la chica.

—Claro. ¡Él comprenderá! —dijo Oriki, jugando sobre sus rodillas con el plectro de su *samisen*.

La joven se fue con aire perplejo.

Yuki, que lo había oído todo, dijo sonriendo:

—¡No te preocupes por mí, te lo ruego! ¿Por qué no bajar un momento a verle? ¿Te parece bien despedir a quien amas sin haberlo visto? ¡Corre a buscarlo! ¿O prefieres decirle que suba? ¡Me ocultaré en un rincón y os dejaré tranquilos!

—No bromee con esto, Yuki… Pero es cierto, ¿para qué escondérselo por más tiempo? El hombre que está abajo, Genshichi, ha sido uno de mis clientes predilectos. Era comerciante de futones[8] y antes tenía buena reputación por aquí. ¡Pero ahora ya

no es nadie! ¡Es pobre y vive encerrado como un caracol en una choza detrás de una verdulería! Está casado y tiene un hijo. Ya no tiene edad para frecuentar a alguien como yo. Sin embargo, existe un vínculo entre nosotros… De vez en cuando encuentra un pretexto para venir a verme, como hoy. No es que quiera rechazarle, en absoluto; pero ¿de qué va a servir vernos si no es para, enseguida, padecer todo tipo de complicaciones? ¡Es mejor, antes de que nos hagamos daño mutuamente, pedirle que se marche sin una palabra ni una mirada! Aunque puede que me odie por esto y que me tenga por una bruja o una víbora, es mejor así, ¡me he hecho a la idea!

Puso en el suelo el plectro que tenía sobre las rodillas e inclinó ligeramente el cuello para mirar hacia fuera.

—¿Lo ves? —dijo Yuki con sorna.

—No; creo que ya se ha marchado —respondió ella sin manifestar la menor emoción.

—Ese dolor que te asalta periódicamente, es a causa de él, ¿verdad? —preguntó él, tratando de romper sus reticencias al respecto.

—Sí, de algún modo… ¡Temo que ni los doctores ni las aguas termales puedan hacer nada! —respondió ella sonriendo con amargura.

—¡Me gustaría mucho conocer a tu héroe! ¿A qué actor se parece?

—¡Le decepcionaría! Es alto y oscuro de piel. Un verdadero Acala [9].

—Entonces es ante todo su personalidad la que te ha seducido…

—¡Se ha gastado hasta el último céntimo que poseía en este establecimiento! Tiene un buen carácter, desde luego; pero, aparte de eso, ¡no es en absoluto interesante ni divertido!

—Así pues, ¿cómo ha podido sorberte el seso? ¡Me gustaría saberlo! —dijo Yuki mientras se levantaba.

—¡Debo de ser muy veleidosa, eso es todo! Por otro lado, ¡en estos últimos tiempos no hay una noche en que no piense en usted! Alguna vez he soñado que se había casado; otra, que había decido no volver a verme jamás. He tenido sueños todavía más tristes, ¡hasta el punto de despertarme con la almohada empapada de lágrimas! No soy como Otaka, que se queda profundamente

dormida en cuanto se mete en la cama y se pone a roncar ruidosamente. ¡Cómo la envidio! A mí, por muy agotada que esté, cuando me meto en la cama, los ojos no se me cierran y me pongo a pensar en toda clase de cosas. Sé que usted sabe de las dificultades que pesan sobre mi espíritu, lo que es mucho para mí, pero dudo de que pueda imaginárselas en toda su dimensión. De todos modos, de nada sirve la melancolía, así que trato de poner buena cara ante las demás, ¡siempre hay que estar de buen humor! Y por esto la gente piensa que soy indiferente, que no reflexiono. ¡Incluso hay clientes que dicen que no tengo preocupaciones! Es mi destino, supongo. ¡Yo, en cambio, dudo que nadie pueda sufrir más que yo!

Se puso a llorar. Él no la había oído jamás hablar de un modo tan triste. Le hubiese gustado poder consolarla pero, ignorando la causa exacta de su pena, no sabía cómo hacerlo.

—Si es cierto que sueñas conmigo, ¿por qué no me has pedido nunca que me case contigo? Ya sabes el viejo proverbio: jamás se conoce a nadie por azar. ¡Si detestas la vida que llevas, debes decírmelo sin preocuparte! Yo pensaba que, con tu temperamento, te convenía vivir así, que era más cómodo para ti flotar de esta manera. ¿Cómo has llegado a esa situación? Dímelo si no es mucho pedir…

—Quisiera contarle… pero esta noche no puedo.

—¿Por qué?

—Tampoco puedo decírselo. ¡Ya ve lo obstinada que soy! ¡Cuando me empeño en no hablar de algo, nadie puede arrancarme una palabra!

Oriki se levantó bruscamente y salió al balcón. La luna brillaba fríamente en un cielo sin nubes, volviendo perfectamente distinguibles las sombras de las gentes que pasaban por debajo. En la noche resonaba el ruido de los chanclos de madera.

—¿Yuki?

—¿Qué hay? —dijo él acercándose.

—Siéntese ahí —dijo ella tomándole de la mano—. ¿Ve a ese niño que está comprando melocotones en el colmado? Es adorable, ¿verdad? Acaba de cumplir cuatro años. Es el hijo del hombre del que acabo de hablarle. Debe odiarme con toda su alma infantil… ¡Me tacha de demonio cuando me ve, de demonio! ¿Cree que tengo un aire tan diabólico?

Oriki elevó los ojos al cielo y suspiró profundamente, desgranando en ese suspiro todas las notas de su pesadumbre.

4

En algún lugar de los arrabales de ese nuevo barrio había una calleja angosta con míseras casas a ambos lados. El pasaje era tan estrecho que el alero del comercio de verduras casi tocaba el de la peluquería. Apenas si podía abrirse en él un paraguas los días de lluvia. Faltaban algunas de las planchas que cubrían la alcantarilla de en medio de la calle, por lo que el transeúnte debía avanzar con precaución ante los boquetes abiertos. Al final, en las proximidades del depósito de basuras, la obstruida horizontalidad quedaba cerrada por una minúscula casa con puerta y postigos deteriorados. A diferencia de otras casas del barrio, su emplazamiento le permitía disponer de dos entradas y de un pequeño balcón en la parte de atrás, que se abría sobre un tranquilo yermo. A lo largo de una verja de bambú toscamente dispuesta, las perillas y los asteres se entremezclaban con ramas trepadoras cargadas de habichuelas. Era aquí donde vivía el Genshichi de Oriki.

Su mujer se llamaba Ohatsu y tendría veintiocho o veintinueve años. La pobreza había demacrado su rostro y la había envejecido poniéndole al menos siete años de más. Sus dientes no eran ya uniformemente negros ni tampoco llevaba las cejas depiladas **[10]**. Como estaba algo gastado de tanto lavarlo, llevaba puesto al revés su kimono de verano, hábilmente remendado a la altura de las rodillas, prenda que cerraba con ayuda de un estrecho cinturón. Trabajaba fabricando suelas de sandalias de paja, una ocupación temporal a domicilio que le reportaba algo de dinero. Lo iniciaba poco antes de la fiesta de los Muertos, en el momento en que los grandes calores estaban en su apogeo. Sudaba mucho con ese trabajo. Del techo colgaban las madejas de paja que necesitaba y que había puesto ahí para ganar tiempo en su labor. No apartaba los ojos de la tarea y parecía encontrar un placer algo melancólico en ver amontonarse ante ella las suelas elaboradas.

El sol acababa de ponerse. Se preguntó por qué Takichi no había vuelto aún. ¿Dónde estaba Genshichi? La mujer depositó sus útiles

de trabajo y encendió la pipa. Cerró, fatigada, varias veces los párpados antes de extraer del horno las brasas que depositó en el brasero. Quizá esto ahuyentase a los mosquitos, parecía decirse llevando el brasero al estrecho mirador. Una vez allí, recogió las agujas de cedro caídas al suelo, las echó al fuego y sopló para atizar las llamas. El humo se elevó y ahuyentó a los susurrantes y contrariados mosquitos de debajo del alero.

En ese instante llegó Takichi, que hizo resonar ruidosamente sus chanclos de madera en las planchas que cubrían la alcantarilla del centro de la calle.

—¡Mamá! ¡Soy yo! ¡Y traigo a papá también! —dijo, de pie en el umbral de la puerta.

—¿No llegas muy tarde, Takichi? Empezaba a preguntarme si no habrías ido al templo sobre la colina. Y estaba preocupada. ¡Venga, apresúrate, entra rápido!

Takichi entró el primero, seguido de Genshichi con aire de extrema fatiga.

—¡Ah!, estás aquí también. Ha debido hacer un calor sofocante hoy en el trabajo, ¿verdad? Pensaba que regresarías a casa más temprano. He calentado agua… ¿Por qué no te bañas enseguida? ¡Tú también, Takichi, deberías meterte en el baño!

—¡De acuerdo, mamá! —dijo el pequeño, desatando el nudo de su ropa.

—¡Espera, espera un poco! ¡Voy a comprobar la temperatura!

Colocó un balde cerca del fregadero, lo llenó de agua caliente, la removió y preparó una pequeña toalla de baño.

—¡En su punto, ya está listo! Lleva a Takichi contigo al baño. Tienes aspecto de estar terriblemente cansado. Espero que no hayas cogido una insolación. Quédate en el agua unos instantes, te sentará bien. ¡Enseguida estaréis listos para poneros a la mesa! ¡Venga! ¡Takichi está esperando para bañarse!

—¡Ah!, sí —respondió Genshichi, como si finalmente comprendiera.

Cuando se desataba ya el cinturón para entrar en el baño, le asaltó el recuerdo de lo que había sido en el pasado. Jamás entonces hubiera podido imaginarse que un día se bañaría en la cocina de una pequeña barraca como esta o que acabaría de peón en un equipo de construcción y se pasaría el día tirando de una

carretilla. Ciertamente, sus padres no le habían traído al mundo para esto… Absorto en sus pensamientos, se quedó de pie y se olvidó hasta de lavarse.

—Papá, ¿puedes lavarme la espalda? —le preguntó Takichi con candor.

—¡Van a comerte los mosquitos si continúas de pie, así, como estás! —le advirtió su mujer.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —respondió Genshichi.

Ayudó a Takichi y se lavó él mismo rápidamente. Cuando salió del baño, su mujer le tendió un kimono un poco gastado pero limpio. Se lo puso y se sentó en el balcón para aprovechar la brisa.

Ohatsu llegó pronto con una gastada bandeja de madera en las manos. La laca había comenzado a descascarillarse por los bordes y las patas no eran del todo estables.

—¡Mira, te he preparado tu plato favorito! —dijo, depositando delante de él un pequeño tazón en donde flotaban cubos de tofu confitado aromatizados con hojas de perilla.

Takichi había cogido distraídamente el cubo de arroz y lo transportaba, cantando, para hacerse el interesante.

—¡Ven aquí, pequeño bribón! —dijo el padre, acariciándole la cabeza.

Tomó luego los palillos y se puso a comer. No sabría decir el porqué, pero los alimentos no tenían sabor alguno en su boca y sentía la garganta como hinchada.

—Ya no puedo más. Basta —dijo, apartando el tazón.

—¿Qué quieres decir con que «no puedes más»? ¡Quienes trabajan duro como tú suelen comerse por regla general tres raciones de arroz, una tras otra! ¿Acaso no te encuentras bien? ¿En serio que estás agotado? ¿Qué te ocurre?

—Nada, nada. Solo que no tengo hambre esta noche. ¡Eso es todo!

Su mujer le dirigió una mirada triste.

—Tus lamentos habituales, imagino… Los platos son más sabrosos en casa Kikunoi, ¿no es eso? Pero ¿qué importa ahora, en tu situación actual? Las mujeres de ese establecimiento son meras comerciantes, ¡ni más ni menos! Si ganases de nuevo un poco de dinero, ellas volverían a halagarte, como en el pasado. ¡Tan flagrante es su sentido del comercio! Se empolvan el rostro, llevan

bonitos vestidos y embaucan a todo aquel que pasa ante ellas un poco perdido. ¡Ah, si al menos pudieses darte cuenta de que es porque no tienes un céntimo por lo que no tienes noticias suyas! ¡Por otro lado, ese rencor que le guardas es buena muestra de lo mucho que ella sigue importándote! ¿Te acuerdas de lo que le sucedió al chico que trabajaba en el bar de la calle de atrás? Estaba tan obsesionado con Okaku, de la casa Futaba, que se gastó todo el dinero que había ganado y todo su crédito. Y luego, cuando trató de recuperarse con el juego, la cosa fue de mal en peor hasta que acabó robando en un almacén… Ahora está en la cárcel, con su porción mínima de arroz. En cuanto a su bella, la tal Okaku, ¡todo esto le da completamente igual! ¡No supone ningún problema para nadie el que ella viva libre y feliz! Mejor aún: ¡prospera magníficamente! Cuando lo pienso llego a la conclusión de que las mujeres de esa profesión ¡poseen verdaderamente todas las ventajas! Si un hombre es lo suficientemente estúpido para perder la cabeza, ¡toda la culpa es suya! ¡En verdad que no sirve de nada estar melancólico, te lo aseguro! Lo único que importa es que recuperes tu coraje y vuelques tu energía en tu trabajo. ¡Consigue que volvamos a tener algún dinero! Si sigues hundiéndote, ¿qué será de nosotros, del pequeño y de mí? ¿Acabaremos mendigando por los caminos? ¡Compórtate como un hombre, Genshichi, recobra el aplomo! ¡Además, si vuelves a ganar dinero podrás tener todas las mujeres que desees! ¡Komurasaki, Agemasi[11], e incluso la misma Oriki! Podrás construir una casa para ella en algún lugar. Sería agradable, ¿no? ¡Venga, deja de pensar tanto y come! ¡Incluso tu hijo acabará melancólico viéndote en tal estado!

El niño había apartado su comida y miraba sucesivamente a uno y a otro progenitor. Aunque demasiado joven para comprender lo que sucedía, parecía, sin embargo, inquieto.

«Cuando veo a este afable muchacho que tengo por hijo, no entiendo por qué no me olvido de una vez de esa tanuki»[12], pensó Genshichi, con el corazón partido. Lamentaba no lograr alejar a Oriki de su pensamiento.

«Realmente, ¡qué idiota soy! No quiero que nadie pronuncie su nombre delante de mí jamás, ¿de acuerdo? Me evoca todos los errores que he cometido en el pasado, y por los que apenas puedo llevar la cabeza erguida… ¿Cómo puedo seguir pensando en esa

mujer cuando he caído tan bajo por su causa? Esta noche no tengo apetito, cierto, pero no importa, solo es un poco de fatiga. No hay que inquietarse, no vale la pena… Mejor démosle de comer a Takichi mientras quiera…».

Luego se tendió en el suelo y se abanicó frenéticamente. No le molestaba en absoluto el humo que se elevaba del incienso para los mosquitos, puesto que todo él ardía interiormente.

5

Alguien les había puesto el apodo de las Diablesas Blancas. En efecto, había algo de infernal en ellas. Incluso las que parecían más sinceras, eran capaces de precipitar a un hombre en un estanque de sangre o de perseguir a un cliente endeudado hasta la Montaña de las Agujas[13]. Atraían a los hombres con sus voces melifluas, como el faisán que se detiene ante la serpiente antes de engullirla chillando[14].

Estas chicas, sin embargo, habían pasado, como todo el mundo, nueve meses en el vientre de sus madres. De niñas, habían sido mecidas en los brazos de sus progenitoras mientras les daban el pecho y habían sabido responder a esa ternura con sus primeros balbuceos. Luego, cuando se les había ofrecido la opción de elegir entre bombones o dinero, como cualquier otro niño, habían tendido de inmediato su pequeña mano hacia los dulces.

En la profesión, la sinceridad no existía. Solo una chica de cada cien vertía lágrimas por amor.

—Fijaos en Tatsu, el tintorero —decía una de las mujeres—: hasta ayer, retozaba con la petulante Oroku, de casa Kawada. Pues bien, ¡deberíais haber visto el espectáculo! Él la ha echado fuera y ella le ha golpeado, a lo que él le ha respondido con otros golpes, ¡menuda despedida! ¿Sabes qué edad tiene Tatsu? ¡Treinta años, al menos! Cada vez que lo veía le suplicaba que economizara para poder casarnos y siempre me decía que sí, que lo iba a hacer. Pero no había un ápice de verdad en lo que decía, ¡qué farsante! De todos modos, le preocupa su futuro. Su padre es muy mayor y su madre está perdiendo la vista. Debería situarse lo más rápido posible a fin de darles seguridad. Por mi parte, estoy dispuesta a

lavarle la chaqueta y a coserle los calzones, ¡pero cuando lo veo perdiendo el tiempo aquí y allá dudo que algún día siente la cabeza! ¡No, verdaderamente estoy harta de este oficio, me faltan fuerzas para atraer a los clientes! ¡Todo esto me provoca melancolía!

Para aliviar su dolor de cabeza solo se le ocurría apretarse las sienes. Su boca, que hoy le servía para quejarse de la crueldad de su amante, habitualmente la utilizaba para engañar a la gente.

Otra de las presentes dijo:

—¡Ah! Hoy es dieciséis, ¡el día de la fiesta de los Muertos[15]! Todos los niños deben ir al templo a rezar a Enma. ¡Tienen un aire tan feliz cuando van así, bien vestidos y con la calderilla tintineando en los bolsillos! Podéis estar seguros de que tienen verdaderos padres… Imaginad a mi pequeño Yotarô pasando el día en algún lugar con su padre. Se divertirá lo suyo, pero, también, ¡cómo debe envidiar a los otros niños! Un padre alcohólico, sin casa propia, y una madre que se engalana y maquilla para sobrevivir… De todos modos, incluso aunque supiera dónde vivo, sin duda no vendría a verme… Me acuerdo de lo que sucedió el año pasado en Mukôjima, en el momento de los cerezos en flor… Yo iba bien vestida, llevaba un bonito y estricto moño de mujer casada y me paseaba con varias amigas del oficio, cuando, de pronto, lo vi en una casa de té junto al río… Lo llamé. Le pareció sorprendente que tuviese un aspecto tan joven. «¿Eres tú, mamá?», me preguntó. ¡Cómo se sorprendería al verme hoy con mi cabello ahuecado y estas flores artificiales de moda que llevo puestas! ¡Y qué triste se pondría, sin duda, al verme bromear con uno de mis clientes! La última vez que nos vimos me dijo que trabajaba como aprendiz en casa de un fabricante de velas de Komakata y que iba a esforzarse por preservar ese empleo para que su padre y yo pudiésemos vivir confortablemente algún día, cuando él fuese adulto. «Trata de aguantar hasta entonces. Y, mamá —añadió—, sobre todo, ¡no vuelvas a casarte!». Por desgracia, una mujer no puede sobrevivir de fabricar cajas de cerillas a domicilio. Y no soy lo suficiente robusta para emplearme como doméstica en casa de un particular. Pero, ya puesta a escoger, ¡prefiero mucho más cuidarme físicamente y seguir llevando la vida que llevo! Sin embargo, no es una decisión que haya tomado a la ligera. Supongo que mi pequeño me desprecia y me guarda rencor por ello. Es curioso, este peinado

que llevo para trabajar no me incomoda habitualmente, pero hoy me avergüenzo de él…

Al sentarse ante su espejo, le rodaron por las mejillas algunas lágrimas.

Oriki, de la casa Kikunoi, tampoco era un demonio. Eran las circunstancias las que le habían hecho caer en el fango y pasarse la vida mintiendo y tonteando con los hombres. ¿El amor y la compasión? En su mundo, esas cosas eran tan frágiles como una hoja de papel, tan inestables como los guiños de una luciérnaga. Aquí la gente no era demasiado propensa a caer fácilmente en la emoción; sabían retener con eficacia las verdaderas lágrimas. Un hombre, por ejemplo, podía matarse por una mujer, y esta simplemente murmuraría: «¡Qué triste!», con aire indiferente, para pasar enseguida a otra cosa. Seguramente había momentos en que Oriki se sentía triste e inquieta de verdad; pero por miedo a delatar sus emociones, prefería arrojarse al suelo en algunas de las habitaciones del piso y sollozar sola, aliviándose apaciblemente de su desgracia. Jamás dejaba que se trasluciesen sus preocupaciones. Las otras la creían fuerte y determinada. No percibían que en realidad era tan frágil como una tela de araña. En cuanto se la tocaba, se deshacía.

Un anochecer como este, un dieciséis de julio, todas las casas estaban llenas de clientes que cantaban aires populares. En casa Kikunoi, en una de las salas de la planta baja, cinco o seis empleados estaban reunidos y cantaban en ese instante la melodía *La provincia de Kii*. Desafinaban. Uno de ellos, de voz gruesa, fuerte y con seguridad detestable, tuvo incluso el aplomo de cantar con tono afectado *La colina está cubierta de bruma*.

—¡Oriki, ahora te toca a ti cantarnos algo!

Tuvieron que rogárselo varias veces antes de que ella aceptara por fin cantar su melodía favorita: «No debería decir el nombre de mi amado, pero esta noche hay alguien en la reunión…». Los asistentes manifestaron su sentido habitual del halago aplaudiendo con energía. «Mi amor es como un puente de madera —prosiguió ella—. Tengo miedo de pasar al otro lado, pero también me da miedo permanecer aquí». Después, brutalmente, como si la canción le hubiese recordado algo, se detuvo de repente: «Excúsenme, lo lamento»; después dejó su *samisen* y abandonó la estancia.

—¿Adónde vas? ¡No tienes derecho a dejarnos así, por las buenas! —le reprocharon los clientes.

—Teru, Otaka, ocupaos de ellos, por favor. Vuelvo enseguida —dijo Oriki.

Atravesó el pasillo con pasos rápidos, se calzó los chanclos precipitadamente en la entrada y, sin mirar atrás, se introdujo en la oscuridad de una calleja en diagonal.

Corrió y corrió. ¡De haber tenido tan solo una posibilidad habría corrido hasta China o la India! ¡Cómo detestaba su vida! ¡Sí, la detestaba! No quería oír ya ninguna voz humana, ningún sonido más. Necesitaba un lugar tranquilo donde su espíritu pudiese reposar, donde pudiese alejar las preocupaciones, los pensamientos. ¿Cuánto tiempo debería soportar esta situación sin esperanza, en donde todo era absurdo, miserable, triste y cruel? ¿Era esto la vida? ¿En verdad era esto? Detestaba la existencia, la detestaba con tanta intensidad que el vértigo que la poseía la obligó a apoyarse en un árbol al borde del camino. Reposó allí un instante. Todavía oía resonar en sus oídos la canción que había cantado hacía unos instantes.

«No tengo elección —murmuró para sí—, debo atravesar, yo también, el puente de madera… Mi padre resbaló al atravesarlo y ahora está muerto. Y la gente dice que mi abuelo hizo lo mismo antes que él… Yo he venido al mundo llevando la carga de esta fatalidad. Debo pasar también por algunas pruebas dolorosas antes de morir. Además, estoy segura de que a nadie le pesaría. Cuando digo que me encuentro mal, la gente se contenta con responder: "¿Ah, sí?, ¿es que acaso no te gusta tu trabajo?". Oh, poco importa lo que me suceda, poco importa ciertamente. No tengo la menor idea de lo que será de mí. Pero ¿para qué pensar en ello?… Oriki, de la casa Kikunoi, seguirá siendo así, sin duda… A veces me pregunto si no he perdido el sentido de la amabilidad y las conveniencias. Pero no, no debo pensar en eso, no sirve para nada, solo me hago más daño. Con la vida que llevo, mi oficio y la fatalidad que pesan sobre mí, no sigo las pautas del resto de mortales, he ahí el quid de la cuestión. Sería un error por mi parte pensar que soy como los demás, que puedo desear las mismas cosas. Esto no hace más que aumentar mi sufrimiento. Pero ¿por qué todas estas ideas deprimentes, aquí de pie, sola, apoyada en un árbol?,

¿por qué he venido a este lugar? ¡Verdaderamente soy estúpida, o me he vuelto loca! ¡Ni siquiera sé lo que me hago! Pero bueno, lo mejor será que regrese…».

Oriki salió de la oscuridad de la callejuela y penetró en una calle animada y bordeada de comercios abiertos. Deambuló un rato por el lugar con la esperanza de cambiar de ideas. Tanto los rostros de los transeúntes de la acera contraria como los de los que se cruzaban con ella por su misma acera le parecían minúsculos. Le parecía que los veía de lejos, como si estuviese subida en un promontorio a tres metros del suelo. Oía las voces como una especie de bramido indistinto, prolongado por un eco parecido al que acompaña a la caída de un objeto en el fondo de un pozo. Estaba sumida en sus pensamientos y no prestaba la menor atención a las conversaciones. Nada podía distraerla. Pasó por delante de un grupo de personas que rodeaban a una pareja en trance de discutir ruidosamente, pero tampoco esto retuvo su atención. Tenía la sensación de estar caminando sola por una inmensa llanura devastada por el invierno. Nada llamaba su interés, pues no había paisaje en que reparar… Su paso era vacilante, se sentía perdida, presa del vértigo… Quizá estuviera en camino de perder por completo la razón… Acababa de detenerse para recobrar el ánimo, cuando alguien le dio un golpecito en la espalda.

—¿Adónde vas, Oriki?

6

Ella le había dicho a Yuki Tomonosuke que le aguardaba el día dieciséis por la noche, pero la cita se le había ido por completo de la cabeza. Fue en ese momento, al toparse con él, cuando de pronto se acordó.

—¡Oh, es cierto!

Él soltó una carcajada al ver la mueca de sorpresa en su cara. No era habitual en ella que la cogieran desprevenida.

—Paseaba absorta en mis pensamientos… No esperaba en absoluto encontrarle aquí, tan de repente… Estoy muy contenta de que haya usted venido.

—Tras la promesa que me hiciste de esperarme, ¡no es muy leal

por tu parte! —le reprochó él.

—Piense lo que quiera, no estoy preparada para darle explicaciones ahora, sea lo que sea. ¡Si acaso, más tarde! —dijo ella cogiéndole la mano.

—Cuidado con los mirones. Hay un montón esta noche ahí fuera.

—Basta con no prestarles atención. ¡Venga por aquí!

Y ambos atravesaron la multitud, uno al lado del otro.

En casa Kikunoi, los clientes de la sala de la planta baja continuaban con su alboroto. Pero tras la marcha de Oriki, el ambiente se había apagado un poco. Al advertir que ella había regresado, le espetaron:

—¡Menudo modo de tratar a los clientes! ¡Abandonándolos de golpe y porrazo! ¡Ven aquí! ¡No te dejaremos tranquila hasta que no te veamos bien!

Oriki hizo ademán de no entender sus arrogantes palabras y condujo a Yuki a la pequeña pieza del primer piso.

—Diles que me duele la cabeza y que no podré estar con ellos esta noche —dijo, al pasar ante ella, a una de las chicas—. Podría ser que muriese por los efluvios del sake si me reúno con ellos. Voy a descansar un poco. Volveré enseguida si me veo con fuerzas. De momento, diles que me excusen.

—¿Puedes tomarte tal libertad? ¿No se pondrán furiosos? ¿Y si insisten? ¿No te será pesado? —se inquietó Yuki.

—¿Esos? ¿Esos cabezas de melón verdoso? ¿Qué me van a hacer? ¡Si se molestan, pues que se molesten!

Pidió sake a una de las sirvientas y aguardó con impaciencia a que la bebida llegase.

—Yuki, no me siento muy bien esta noche: hay cosas que me atormentan… Espero que me comprenda. Voy a beber sake para relajarme. No me impida hacerlo, por favor. ¿Me hará el favor de ocuparse de mí si me embriago?

—¡No te he visto nunca ebria! Si crees que te hará bien, adelante, no te preocupes por mí. Pero beber podría provocarte otro dolor de cabeza. ¿Qué ocurre para que te encuentres en este estado? ¿Por qué no me lo dices?

—De acuerdo, lo haré. Tras dos o tres vasos suelo ser más locuaz… No quiero, sin embargo, que esto le ofenda…

Ella sonrió, llenó con sake una taza de té y se bebió el contenido de un solo trago. Repitió la operación tres veces seguidas sin apenas tomar aliento.

Habitualmente, no prestaba casi atención al aspecto de Yuki, pero esa noche, extrañamente, notaba en él un aire diferente del de otros días. Era un hombre alto, cuya anchura de espaldas imponía. Hablaba con calma y seguridad. Su viva mirada penetraba en sus interlocutores. Llevaba los cabellos negros y muy cortos, formando una línea neta en la nuca. Le pareció seductor en todos los sentidos y esa constatación la deslumbró. Le miró como si lo viera por primera vez.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—Estoy mirándole.

—¡Deja de hacerlo, pues! —dijo, dirigiéndole una severa mirada.

—Me da usted miedo cuando me mira de ese modo —respondió ella sonriendo.

—Dejemos de lado las bromas, ¿eh? No tienes aspecto de sentirte bien esta noche. Sé que esto va a molestarte de nuevo, pero ¿no quieres decirme qué pasa?

—No pasa nada en particular, nada nuevo en cualquier caso, excepto esas disputas con la persona que ya sabe. Pero ya no pienso en ello. Y, por otro lado, ¿para qué pensar? Es por mi culpa: yo soy veleidosa, ¿qué le voy a hacer? No son los otros los responsables sino yo, solamente yo. Es usted una persona importante y yo soy alguien de baja cuna. Nuestras sensibilidades son por fuerza diferentes. Usted, muy amablemente, acepta escucharme, pero no sé si podría compartir mis sentimientos, comprenderme de verdad. No lo sé. Tenga en cuenta que me da igual si de todos modos se ríe de mí. Voy a contárselo todo esta noche, sin dejarme una coma; pero, ah, ¿por dónde empezar? Estoy tan ofuscada que apenas puedo expresarme…

De nuevo bebió varios grandes tragos. Ante todo, se lo diré sin rodeos, soy una depravada. Usted lo sabe bien. No soy una muchacha inocente y pura. Se nos suele comparar amablemente con las flores de loto que en medio del pantano se muestran puras y blancas… Pero ¿cree usted que llegaríamos a tener clientes si no estuviésemos profundamente impregnadas por nuestro entorno? ¿Piensa que así el negocio funcionaría? Usted es diferente de la

mayoría de hombres que vienen por aquí. Pero imagine un instante cómo son ellos. Sueño a veces con la vida normal que me gustaría llevar, pero enseguida me siento triste, avergonzada. Me digo a mí misma que también podría yo casarme, vivir con un solo hombre e instalarme con él en algún lugar, en una pequeña casa. Pero esto no sucederá jamás… Mientras viva aquí debo acoger a los hombres que vienen a verme. Tengo que pensar en las cosas agradables que he de decirles a cada uno de ellos: qué guapo es este, qué amable aquel, y qué atractivo es ese otro de ahí, más que ninguno de los que haya conocido. A veces me creen, es cierto. Figúrese que algunos me piden incluso matrimonio, ¡una inútil como yo! Y me pregunto si sería feliz si aceptase la proposición. Esto, ¿me colmaría? No lo sé. A usted le he querido desde el principio. Cuando no le veo durante un día entero, le echo en falta, pero si me pidiese ser su mujer, no sé qué le diría… Dudo que pueda convenirme estar atada a un solo hombre. Por otro lado, soporto mal que estemos separados… De hecho, creo que puede decirse de mí que soy profundamente inestable. Y, a su parecer, ¿qué es lo que ha hecho de mí una persona tan inconstante? Tres generaciones de fracasos, ahí lo tiene. La vida de mi padre fue bien miserable también.

Se puso a llorar.

—Háblame de él.

—Era un artesano. Su padre era un hombre cultivado, incluso leía el chino… Pero parece ser que estaba loco como yo. Escribió cosas de poco valor para el mundo, cosas que fueron prohibidas. Finalmente murió de hambre, con el corazón lleno de dolor. A la edad de dieciséis años ya sabía lo que iba a hacer con su vida. Había nacido en un medio pobre, pero se volcó en el estudio poniendo en ello toda su energía; luego, perseveró más y más hasta los sesenta años, sin obtener el menor éxito. Al final, incluso llegó a ser el hazmerreír de todos. Hoy día nadie conoce su nombre. Cuando yo era pequeña, mi padre contaba a menudo su triste historia y, mientras la relataba, se veía que él también sufría… Al cumplir los tres años, se cayó del balcón. Le quedó una pierna dañada. Como consecuencia, jamás gustó de la compañía. Se convirtió en artesano orfebre para poder trabajar en casa. Era una persona orgullosa y difícil, mi padre. Nunca tuvo demasiados clientes. Recuerdo bien el invierno de mis siete años… Hacía un frío

terrible. Estábamos los tres recluidos en casa: papá, mamá y yo, con nuestros viejos kimonos de verano. A mi padre no le importaba mucho la temperatura, concentrado como estaba en su trabajo, apoyado contra el pilar, dibujando nuevos modelos. Mi madre se encontraba delante de nuestro minúsculo horno: preparaba la comida en una vieja cacerola agrietada… Me mandó a comprar arroz. Fui a casa del tendero corriendo, sujetando muy fuerte entre mis manos las pocas monedas que mamá me había dado y el colador para la soja fermentada. En el camino de vuelta tenía las manos y los pies entumecidos por el frío, y cinco o seis casas antes de llegar a la nuestra resbalé sobre el suelo helado. Al caer no pude sujetar bien lo que llevaba en las manos y todo el arroz se me cayó en la alcantarilla. El agua presentaba un color inmundo. Yo miré el agujero unos instantes. ¿Cómo recuperar todo ese arroz? Aunque no tenía más de siete años, sabía en qué situación nos encontrábamos en casa. ¿Cómo entrar en casa con el colador vacío? Me quedé de pie unos instantes llorando. Nadie vino a preguntarme qué me pasaba. Por otro lado, nadie iba a ofrecerse a ayudarme a recoger el arroz. De haber habido un río o un estanque cerca, ¡le aseguro que me hubiese arrojado en él! No hace falta decir que me sentí presa de una angustia indescriptible. Me pregunto si no fue a partir de ese instante en que empecé a ser una persona un poco rara… Mi madre, alarmada porque no volvía, había salido a buscarme. Entramos en casa juntas. Una vez allí, ni mi padre ni mi madre me dijeron nada. Nadie me riñó. Reinó un silencio absoluto, solo roto por algún que otro suspiro que me atravesó el corazón. Retuve el aliento hasta que mi padre me dijo, al fin: «Esta noche cenaremos rápido».

Oriki se puso a llorar, incapaz de proseguir su relato. Se enjugó las lágrimas con su pañuelo de seda roja y mordisqueó los bordes tratando de reprimir su pena. Siguió un largo silencio que se le antojó media hora. El único ruido que se oía en la sala era el sonoro zumbido de los mosquitos atraídos por el olor del sake.

Cuando finalmente elevó su rostro hacia él, huellas de lágrimas brillaban todavía en sus mejillas. Su sonrisa fue pensativa.

—Ya lo ve, vengo de una familia pobre que me ha dejado la locura en herencia. De ahí que de vez en cuando me comporte extrañamente yo también. Tiene usted mérito por haberme escuchado hasta aquí. Siento haberle importunado con mis

historias. Ya no hablaré más. Espero no haberle contrariado. Llamemos a las otras chicas y tratemos de divertirnos un poco.

—No, no te molestes… Dime, ¿qué le sucedió a tu padre? ¿Murió joven?

—Sí. Mi madre murió primero, de tuberculosis, tras haber sufrido mucho. Una semana más tarde moría mi padre. Si viviese aún, tendría cincuenta años. Ya sé que no deben alabarse los méritos de los propios padres, pero era un muy buen artesano, un maestro ciertamente. Pero ¿qué importa tener talento o ser un virtuoso, si se nace en una familia como esa? ¿Qué puede uno esperar? Esto es algo que, por lo demás, se me puede aplicar a mí.

Parecía como si su espíritu se hubiese ido lejos.

—Quieres triunfar en la vida, ¿verdad? —preguntó Yuki a quemarropa.

—¿Perdón? —dijo ella, sorprendida por la pregunta; y luego añadió—: ¿Sabe usted? Una chica como yo, a lo máximo que puede aspirar es a ir a comprar arroz con un colador de soja, ¡pero no a ser llevada en un palanquín!

—No necesitas ser modesta conmigo. Reserva tus mentiras para los otros. He sabido quién eras desde la primera noche. Pierdes el tiempo tratando de esconder tu ambición. ¿Quieres triunfar? Pues bien, ¡admítelo y proporciónate los medios para conseguirlo!

—Por favor, ahórrese los pequeños discursos de ánimo. ¿Cómo quiere usted que alguien como yo…?

Por cansancio, no terminó la frase.

Hacía rato que se había hecho de noche. Los clientes de abajo se habían ido. Alguien estaba cerrando los postigos de la fachada del establecimiento. Sorprendido por lo tardío de la hora, Yuki Tomonosuke se disponía a marcharse cuando Oriki, de modo resuelto, le invitó a quedarse a pasar la noche. Argumentó que sus zapatos ya habían sido guardados. ¿Acaso pensaba deslizar los pies desnudos por el resquicio de la puerta como un fantasma? No; debía quedarse. Un último ruido de cierre de postigos hizo que se extinguiera por completo en la sala toda luz procedente del exterior. Solo se oían resonar bajo el alero los pasos de un agente de policía efectuando su ronda nocturna.

7

¿De qué servía rememorar el pasado? Y sin embargo… Aunque había tomado la firme resolución de olvidarla, los recuerdos afloraban a la superficie de su corazón. Hacia la misma época, en el verano anterior, habían ido juntos al templo Kurama [16]. Ese día ambos llevaban el mismo tipo de kimono de algodón. Se celebraba hoy de nuevo la fiesta de los Muertos y Genshichi no había tenido ánimo para ir al trabajo.

—¡Genshichi, no deberías quedarte! —le reprendió su mujer.

—¡Para de sermonearme! ¡Cállate! —respondió él irritado, y se acostó de nuevo.

—¿Ah, sí? Y si me callo, ¿cómo vamos a sobrevivir, según tú? Si te encuentras mal, solo tienes que tomarte un medicamento. El médico no va a servir para nada, supongo. ¡Con un poco de voluntad tu enfermedad no existiría! ¡Venga, arriba y desperézate un poco!

Su mujer le decía siempre las mismas cosas, no era de ninguna ayuda.

—¡Ve, pues, a comprarme sake! ¡Beber cambiará mis ideas!

—Piensa que si tuviésemos dinero para comprar sake, no estaría incordiándote para que fueses a trabajar. ¡Mírame a mí: trabajo mañana, tarde y noche para fabricar las suelas a domicilio, para ganar la soberbia suma de quince sen en total! Apenas tenemos para comer los tres, ¡y tú te atreves a pedirme que vaya a comprarte alcohol! ¡Es increíble! ¡Celebramos la fiesta de los Muertos y no he podido ni hacer un pastelillo de arroz para Takichi ni una ofrenda para las almas difuntas! ¡Solo he podido encender una pobre vela en su memoria! Y, según tu opinión, ¿de quién es la culpa? ¡Tuya, Genshichi, por haberte dejado camelar por esa Oriki y haber hecho no importa qué con ella! Perdóname por decírtelo, pero eres un hijo irrespetuoso para con tus padres muertos y un padre irresponsable para con tu hijo. ¡Piensa en el futuro de Takichi y cambia de conducta! Beber no es la solución. Debes cambiar interiormente. Si no lo haces no sé qué será de nosotros…

Genshichi no respondió. Permanecía tumbado, inmóvil, mirando el techo. Solo algunos suspiros, que parecían lejanos, dejaban adivinar el peso de sus lamentos.

—Nunca conseguirás olvidar a Oriki, ¿verdad? Incluso después de haber llegado a esta situación a causa de ella…

Hacía diez años que vivía con Genshichi. Le había dado un hijo. Hoy, la aflicción que le producía apenas era soportable. Su hijo vestía unos harapos. Vivían en una casa algo más grande que una caseta de perro. Las gentes ridiculizaban a su marido y lo trataban de paria. En los equinoccios de primavera y otoño, cuando todo el mundo se ofrecía pastelillos de arroz, nadie venía a verlos. Quizá por gentileza, para no obligarles a ofrecer lo que no tenían. Pero la verdadera razón era que esa barraca estaba maldita. Genshichi era hombre, estaba fuera todo el día… ¡pero ella! Él no se imaginaba lo que ella soportaba: una vida apagada, sofocada y triste… ¡Qué humillada se sentía! Cuando saludaba a los vecinos, mañana y tarde, veía la dureza de sus miradas. Aunque a ella no le importaba. La única cosa que a él le preocupaba era el amor de su amante. ¿Cómo podía amar a una mujer tan endurecida? No se lo explicaba. Llegaba incluso a farfullar su nombre cuando ensoñaba durante la jornada. ¿Olvidaba que tenía una mujer y un hijo?, ¿quería dedicarle su existencia entera? ¡Qué cruel era el hombre con quien estaba casada y cuánto le hubiese gustado poder decírselo! Lágrimas de amargura brotaban de sus ojos.

Callaron. Un silencio sofocante reinaba en la minúscula casa. Anochecía, el cielo oscurecía por instantes. El crepúsculo no hacía sino reforzar la atmósfera de desolación que pesaba sobre esta vivienda en el extremo de la calle.

Ohatsu encendió una de las lámparas y prendió el incienso contra los mosquitos. Abatida, se hallaba de pie ante la puerta de entrada, con los ojos fijos en la calle. Pronto vio llegar a Takichi, que venía dando saltos. Llevaba un gran paquete en las manos.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira lo que me han dado! —dijo con una gran sonrisa y entrando rápidamente en el interior.

Era un nuevo tipo de pastel, de casa Hinodeya.

—¿Dónde has obtenido ese apetitoso pastel? Habrás dado las gracias, al menos…

—Sí, las he dado. Ha sido la mujer demonio de la casa Kikunoi quien me lo ha regalado.

El rostro de la madre palideció bruscamente.

—¡Qué rostro tiene! ¡Debe pensar que no ha hecho bastante

daño! ¿Querrá precipitarnos al fondo del abismo? ¡Cada vez más, te utiliza para conmover a tu padre! ¿Qué te ha dicho?

—Estaba jugando en la calle mayor cuando ella se me ha acercado junto a un caballero y me ha dicho que quería comprarme un pastel. Yo le he respondido: «No, no quiero»; pero ella me ha cogido por el brazo y me ha llevado a la pastelería. ¿Puedo comérmelo, mamá?

Como no sabía en qué estaba pensando su madre, la miraba dudando si empezar a comer.

—Eres demasiado joven para comprender, pero ¿no sabes que esa mujer es un demonio? ¿No sabes que ha sido ese demonio el que ha hecho que tu padre sea un vago? ¡Es por su culpa que no tienes nada que ponerte, que ya no tienes casa! ¡Todo eso es por culpa de ese demonio! Nos ha devorado. Y como si eso no bastase… ¿Cómo has podido aceptar y cómo puedes tener ganas de comértelo, ahora? ¡Ese pastel es inmundo, grasiento, me da náuseas! ¡No lo quiero en mi casa! ¡Tíralo enseguida, tíralo! ¿Cómo que no quieres tirarlo? ¡Pequeño imbécil!

Le arrancó el paquete de las manos y lo arrojó a un terreno baldío detrás de la casa. La bolsa se reventó, el bizcocho salió rodando y acabó en un hoyo ante el seto de bambú. Por el ruido que hizo podía deducirse que había caído en la alcantarilla.

Genshichi se levantó y dijo, furioso:

—¡Ohatsu!

—¿Qué quieres? —dijo ella mirándolo de refilón por encima del hombro y llena de odio y desprecio.

—¡Empiezo a estar verdaderamente harto de tu insolencia! ¿A qué se deben tanto ruido y tantos insultos? ¡Y todo porque alguien le ha dado un pedazo de pastel al niño! ¡No ha hecho mal alguno, el pobre! ¡Basta de descargar tu ira sobre él cuando es a mí a quien querrías abroncar! ¿Dónde has aprendido esos modales? ¡Insultar al padre sirviéndote del niño! ¡Y ya basta de calumniar a Oriki! ¡Si ella es un demonio, entonces tú eres la reina de los demonios! ¡Se dice siempre que las cortesanas perjudican a los hombres, pero nunca se habla de lo que las esposas hacen a sus maridos! ¿Y tú crees que voy a consentirlo más? Posiblemente solo sea un peón, pero aunque un hombre recoja tierra con una pala o tire de un vehículo, ¡sigue siendo el cabeza de familia, el jefe! ¡Estoy cansado de estas

historias, no te quiero en esta casa, márchate! ¡A donde quieras, pero vete! ¡Eres realmente insoportable!

—¡No seas injusto! ¡Dices lo que se te pasa por la cabeza! ¿Por qué querría insultarte? ¡He perdido la paciencia porque Takichi no se da cuenta de nada, eso es todo! ¡Y me encolerizado a causa de la conducta de Oriki! ¡No puedes obligarme a marcharme solo por eso, sería espantoso! ¡He dicho esas cosas que no te han gustado solo pensando en nuestra familia! ¡Si hubiese querido marcharme no habría esperado todo este tiempo para hacerlo, viviendo en la pobreza más deprimente! —dijo ella llorando.

—¡Si estás cansada de la vida que llevas, solo tienes que marcharte, ve a donde quieras! ¡Nadie te retendrá! ¡No voy a convertirme en un mendigo por eso y Takichi crecerá mejor sin ti! ¡Ya he llegado al límite de escuchar tus reproches incesantes y de tus celos respecto a Oriki! ¡Y si te quedas, seré yo quien se vaya! ¡Viene a ser lo mismo: no me importaría lo más mínimo dejar este cuchitril y marcharme con Takichi! ¡Así podrás refunfuñar todo cuanto quieras! Entonces, ¿qué?, ¿te marchas tú o me voy yo?

Ohatsu no había visto nunca a Genshichi en un estado semejante.

—¿Quieres de verdad que nos separemos?

—¡Sí, absolutamente! —respondió él.

Abrumada por la tristeza, el despecho y el resentimiento, Ohatsu se tragaba las lágrimas con dificultad. Apenas podía hablar.

—Es por mi culpa, lo siento, Genshichi. Perdóname. Es cierto, Oriki le ha dado ese pastel por gentileza, no debería haberlo tirado. Y tienes razón sobre lo que he dicho a propósito de ella: soy yo la reina de los demonios. Ya no volveré a hablar mal de ella, lo prometo. Jamás volveré a hablar de ella, te lo juro, no chismorrearé de nuevo. ¡Perdóname, te lo ruego! Sabes bien que no tengo padres ni hermano ni hermana con quienes ir, aparte de ese tío que me ayudó de niña y que intermedió en nuestro matrimonio. Si nos divorciamos, no tengo ningún sitio al que acudir. Por favor, perdóname. Aunque me odies a mí, hazlo por Takichi al menos. Te pido perdón, Genshichi.

Se inclinó ante él llorando, con las dos manos en el suelo.

—No, no hay nada que hacer, quiero que te marches —dijo él con firmeza, vuelto de cara a la pared, dándole a entender que no

quería seguir escuchándola.

Jamás había sido tan cruel. ¿Ocurría siempre así cuando un hombre se dejaba embrujar por una mujer? No solamente parecía dispuesto a hacer llorar a su esposa, sino que también podía soportar la idea de que su hijo muriese de hambre. Ohatsu, determinada, pensó que si resultaba demasiado tarde para salvar su matrimonio con excusas, quizá aún era posible hacerlo abordando la cuestión de Takichi.

—¡Takichi, Takichi! —llamó—. ¿Con quién quieres quedarte, con papá o con mamá?

—Yo detesto a papá. ¡Nunca me compra nada!

—Entonces, ¿vendrás con tu mamá adondequiera que vaya?

—¡Sí, yo me voy contigo! —respondió inocentemente.

—¿Has oído? Takichi quiere quedarse conmigo. Es tu único hijo, un chico, además, y querrás que se quede contigo, ¿verdad? Pues no puedo dejártelo. Me lo llevaré conmigo a donde sea que vaya. ¿Comprendes? ¡Me lo llevo conmigo!

—¡Haz lo que quieras! ¡No lo necesito, no necesito a nadie! ¡Como quieras, si quieres llevártelo, llévatelo! Y lo mismo te digo con respecto a la casa y los muebles. ¡No necesito nada, haz con ellos lo que desees!

Seguía tendido, con la cabeza hacia el otro lado, sin volverla en todo el rato.

—¿Qué es lo que dices? ¿Los muebles? ¡Si la casa no nos pertenece! ¡Cómo voy hacer lo que quiera! Esta vez vas a quedarte completamente solo, Genshichi, podrás divertirte hasta que te hartes. ¡Pero te lo advierto: no me pidas nunca que te entregue al pequeño! ¡Jamás te lo devolveré! —insistió ella.

Se puso entonces a escarbar en sus cosas, que tenía colocadas en un armario, y sacó un pedazo de tela para envolverlas.

—Solamente cojo la pequeña manta de Takichi, su cinturón y su pijama… Como no has tomado la decisión bajo los efectos del alcohol, creo que hay pocas posibilidades de que cambies de idea. ¡Pero, al menos, reflexiona! Ya sabes lo que se dice: si a un hijo de pobres lo crían sus padres, tiene las mismas posibilidades de futuro que un hijo de ricos. ¿Cómo puede ser que no tengas ninguna piedad por tu hijo, que se va a ver solo con su madre? ¡Hay que ser alguien muy depravado para descuidar hasta tal punto el amor por

su vástago! Me voy, adiós —dijo ella.

Y salió con el hato en la mano.

—Muy bien, buen viaje —dijo simplemente Genshichi.

No hizo el menor gesto para detenerlos.

8

Tan solo algunos días después de la fiesta de los Muertos, cuando las linternas blancas colgadas aquí y allá arrojaban todavía su débil fulgor, dos ataúdes abandonaban el barrio nuevo. Uno era trasladado en un palanquín, el otro, llevado como un bulto en las espaldas de dos hombres. El ataúd sobre el palanquín había sido discretamente sacado de la cochera de la casa Kikunoi.

A lo largo de la calle principal, los mirones comentaban en voz baja:

—¡Qué desgracia que esa chica se haya enamorado de semejante tipo!

—No, la gente dice que ha sido un suicidio por amor. Un testigo los ha visto juntos hablando en el templo, en la colina, la noche antes.

—Ella ha hecho lo que debía hacer, puesto que lo amaba realmente.

—En absoluto. ¿Cómo quiere usted que una mujer como ella sea fiel a sus deberes? ¿Un suicidio por amor? ¡Nada de eso! Apuesto a que ella se lo ha encontrado al volver de los baños públicos y que no ha logrado quitárselo de encima y han caminado juntos sin que ella haya podido huir.

—Ella se ha dejado sajar la espalda mediante un sablazo al bies. También tenía rasguños en las mejillas y contusiones en el cuello. ¡Con todas esas heridas, seguro que ella quería huir cuando se ha dejado matar!

—Él, en cambio, ¡qué magnífico suicidio por eventración! ¿Quién hubiese podido imaginar que tenía ese temple viéndolo vender futones? ¡Ha sido un auténtico gran final! ¡En verdad que ha muerto como un hombre!

—¡Qué pérdida, de todos modos, para la casa Kikunoi!

—¡Sí, porque ella debía atraer a buenos clientes! ¡Qué desgracia

dejar escapar a todos esos fieles parroquianos!

Triste o divertido, cada uno hacía su comentario al respecto.

Entre los numerosos rumores que circularon, ninguno fue jamás tenido por cierto. Se cuenta, en cambio, que, de vez en cuando, se veía brillar una luz en el templo sobre la colina. Brillaba dejando tras ella el signo de su esplendor, pues, como un alma en pena, erraba sin reposo sobre la amargura de este mundo.

El sonido del koto (*Koto no ne*)

1

En el cielo, el sol y la luna no son diferentes: ambos brillan de modo semejante para todos en este mundo. En primavera, la tranquila eclosión de las flores también es igualmente imparcial. La tempestad, ¿solo rugía entre las ramas de ese árbol? Un inocente niño asistía desde hacía catorce años a la dispersión de los miembros de su familia, fallecidos uno tras otro como las hojas muertas del otoño. Batido por la lluvia y los vientos, solo él restaba sujeto a la rama, agitándose sin más asidero en este mundo incierto.

Su madre lo había abandonado cuando tenía cuatro años. No había sido ella la que había decidido marcharse de casa: fueron sus padres quienes la empujaron a ello, convencidos de que la desgracia de su nieto había llegado a un punto en que no había vuelta atrás. Les era imposible hacerse a la idea de que su hija viviese junto a un hombre que nunca iba a llegar a nada. Imaginaban el dolor que ella experimentaría al tenerse que separar de su hijo, pero estaban convencidos de que esta separación debía materializarse antes de que naciesen más hijos. Lograron, pues, convencer a la hija, a cuyos jóvenes e ingenuos oídos estos argumentos les parecían razonables. A ella no le costó dejar a su marido. En cambio, abandonar a su querido hijo le dolió profundamente. Fue tal la pena que experimentó tras la marcha, que le pareció que escupía sangre. Su sentido del deber, sin embargo, la incitó a obedecer a sus padres. Era demasiado débil para resistirse. Así mismo y dado que la fortuna del marido se fundía como el hielo bajo el sol, lo abandonó todo tras ella: casa, marido e hijo.

A partir de entonces el marido venía de vez en cuando a casa de los padres de la joven. Unas veces venía solo, otras con el niño en los brazos, y a veces lo dejaba en brazos de su madre.

—Poco importa lo que vaya a ser de mí —le decía—. Lo único que importa es que nuestro hijo tenga oportunidades en la vida. ¿No vas a volver a casa?

No le pedía que regresara para siempre, tan solo durante cuatro o cinco años, el tiempo que el niño precisaba para alcanzar la edad de la razón. Le suplicó, la halagó, se lamentó. ¿Qué madre no querría cuidar de su hijo?

Ella sentía una pena inmensa, pero la esperanza de su marido en que regresara y se excusara la dejaban perpleja. El hombre atravesó un período de prolongada y vana espera: si ella no venía el día quince, entonces quizá viniera el veinte. Si ella no venía hoy, quizá viniese mañana… Cuando un día decidió, finalmente, ir a casa de la joven para implorarle de nuevo, no pudo verla. Había desaparecido. Pensó que quizá estaría trabajando de nodriza en alguna casa o que tal vez se habría casado con otro… ¡Qué inanes las promesas de fidelidad eterna hechas el día de la boda!

Pasó casi medio año. El padre del niño ya no era el mismo, había cambiado. Algunos elogiaban a su mujer, tenían su partida por una demostración de inteligencia, mientras que otros, muy pocos, sentían piedad por el padre y el hijo abandonados. Sin duda era algo ineluctable… La bebida se convirtió en lo único capaz de disipar las nubes que se acumulaban en el corazón del esposo. Encontraba así un poco de luz, aunque fuese por unos instantes. Pero cuanto más bebía, el pensamiento más se le ensombrecía y más desagradable resultaba a ojos de los demás. El año tocaba a su fin. Padre e hijo no tenían siquiera una manta con que envolver sus cuerpos, y menos aún un techo bajo el que guarecerse de la lluvia. Pero la verdad era que el niño todavía tenía a su padre. Dirigía los ojos hacia él como hacia a la sombra reconfortante de un gran árbol. La ropa de cama era muy escasa en los lugares donde pasaban la noche, pero el amor mutuo los mantenía calientes. Cuando el chico no tenía aún los diez años, su padre acudió a la invitación que le había hecho un amigo afortunado. Barriles abiertos que contenían una bebida alcohólica aguardaban a los invitados. El hombre decidió que esta bebida celestial sería la guía que llevaría su corazón al paraíso. Con el estómago vacío, bebió hasta hartarse. En el camino de regreso, se desmayó bajo un pino y murió allí miserablemente. Nadie había en aquel momento para

hacerse cargo del niño, para cuidar de él y acompañarlo hasta la edad adulta. Él mismo había perdido la esperanza de llegar a adulto. Al principio envidió a los que todavía tenían a sus padres en este mundo. Sabía que su madre vivía en algún sitio, pero ignoraba dónde y qué era lo que debía hacer. A pesar suyo, la quería todavía. Pero cuando volvía a pensar en la muerte trágica de su padre y recordaba que era el último miembro de la familia Watanabe, odiaba a su madre por lo que había hecho y le parecía que era algo propio de un diablo.

Durante un tiempo no pudo retener las lágrimas cada vez que se le preguntaba dónde estaba su madre y si tenía padre. Pero en la actualidad había comprendido que la compasión no existía en este mundo, ni tampoco la sinceridad. Quienes mostraban un semblante de piedad hacia él le disgustaban; su solicitud le parecía una odiosa burla. ¿Era dura la vida? Pues bien, que lo fuese. Su corazón se había endurecido con la aceptación absoluta de esta fatalidad. Los dioses, al igual que los budas, eran sus enemigos. No podía echarle la culpa a nadie: solamente continuar su camino fuera de las normas, pensando fuera de norma.

Tras sus cabellos desgreñados, sus ojos siempre en movimiento escrutaban todo cuanto contemplaba. La película de grasa que recubría su cara ocultaba lo que pudiera tener de hermosa. Todo el mundo desconfiaba de él. Lo señalaban con el dedo, suponiendo al sucio arrapiezo capaz de las peores maldades. Incluso la policía le dirigía miradas sombrías. Los días de fiesta, cuando la multitud se congregaba, era considerado permanentemente sospechoso. Lo calificaban de granuja y ladrón.

De hecho, en cuanto aparecía, las miradas de todos se ensombrecían. Sin duda, en toda la región se murmuraba de él y se contaban hechos imaginarios de los que había sido protagonista. Su nombre, en ese instante, equivalía a ladrón. Dentro de poco sería incluso llamado «el bandido de la era Meiji», o calificado con otro nombre lo suficientemente tremebundo como para inquietar a cualquiera, incluso a él mismo. Soñó, pues, con escapar a tierras desconocidas. No podía soportar más la amargura de su corazón. Incluso llegó a anhelar la muerte. Varias veces se quedó contemplando el río, imaginándose que se lanzaba al agua, pero matarse no era tan fácil.

Reducido a la más básica soledad, al muchacho le resultaba cada vez más difícil obtener comida. En ocasiones encontraba empleo en un sitio y por la noche dormía en otro. Día a día, de lugar en lugar, iba a la deriva en una repetida pesadilla cotidiana. Con el tiempo, su talla aumentó pero también la turbulencia de su corazón.

2

El viento soplaba con tristeza a través de las ramas de los grandes pinos. Las cosechas tardías de arroz se secaban en los campos de Negishi. El joven mendigo tenía los ojos fijos en la vivienda de una mujer llamada Mori Shizu. Inquietos por esa presencia sospechosa, los empleados cuchicheaban entre ellos y comprobaban los cerrojos de las puertas con una atención exagerada. Así transcurrió un mes sin el menor incidente. Aunque las ramas del caqui se extendían por encima de la valla del jardín, el muchacho no hurtó ni un solo fruto. Por mucho que de vez en cuando la dueña de la casa oyese hablar de su presencia en los alrededores, no le daba importancia. Un atardecer en que la lluvia fina incitaba a la melancolía, la mujer, sola y a la luz de la lámpara, se puso a tocar el *koto*[1]. El instrumento era su único compañero, y la melodía que interpretó era de una tristeza infinita. Al oír el sonido de la campana del bosque de Ueno, supo que era ya tarde y dejó el instrumento. En el silencio, oyó las gotas de lluvia que caían del alero y cómo el viento sacudía las copas de los árboles. A veces, también, percibía algún otro ruido.

Cerca del alero había un gran pino. ¿A quién debía de haber jurado fidelidad esa mujer para estar viviendo tan solitariamente en esa casa? Solo su instrumento hubiese podido responder a esta pregunta, pues solo a él le confiaba sus pensamientos desde hacía muchos años, aplicándose en interpretar las melodías más entrañables. En la delgadez y fragilidad de sus diecinueve años, tenía la gracia de una rama de sauce mecida por el viento. Sin embargo, cuando sacaba su caja de plectros y se disponía a tocar, ¿qué importaba este mundo hecho de polvo? Era como si la misma princesa de la montaña guiase sus manos sobre el instrumento, como si el viento mismo de los pinos hiciese vibrar las cuerdas.

Serena, sonreía olvidando los sueños y la realidad, indiferente al viento, a la lluvia e incluso al trueno que resonaba.

Con las primeras heladas del décimo mes, una luna esplendorosa brillaba sobre el follaje de otoño. Su viva luz, particularmente afilada, era tan glacial como el rostro maquillado de una mujer envejecida. La luna iluminaba todo cuanto se hallaba a sus pies: las bellas viviendas, las construcciones elevadas, las casas de techo de paja, las casetas de los perros, los juncos blanqueados por la escarcha en el estanque, la vieja vivienda donde una mujer joven pasaba sus días ignorada por todos cual un río subterráneo, la cabaña aislada en la montaña y solo animada por el gluglú de un conducto de bambú, los arrozales, los espantapájaros, hasta el agua de las zanjas, pero también todos los lugares realzados por la belleza del astro, como Suma, Akashi y Matsushima [2] … Nada escapaba al resplandor de la luna. Su luz lo envolvía todo. Bajo esa luz, lo que era puro destellaba en toda su pureza, mientras que lo impuro permanecía en la confusión. Resplandeciente como una joya y absolutamente desinteresada, atendía a las cosas del mundo en todas direcciones. También acompañaba al sonido del *koto*, que se propagaba invadiendo el entorno con tanta belleza, encanto, diafanidad y nobleza que se hubiese creído que se trataba de una música celestial.

Esa misma noche, la mujer iba con su *koto* a ayudar a renacer a un hombre.

Azotado desde hacía catorce años por las lluvias de todas las primaveras y de todos los otoños, el corazón desnaturalizado del joven mendigo se había vuelto con el tiempo más duro que una roca. Ni una flecha hubiese podido traspasarlo. Parecía destinado a revivir el triste fin de su padre, a morir en plena naturaleza, expuesto su cadáver a todos los vientos. O quizá acabara su vida encadenado en prisión, perseguido por su miserable reputación dondequiera que fuera.

Pero hoy, de pronto, los acordes nocturnos del *koto* lo apaciguaban, despertaban en él la ternura que desde hacía tanto tiempo se había evaporado del fondo de su corazón.

Por primera vez tras largos años, se puso a llorar. ¿Serían esas lágrimas gotas de rocío? No, no las hubiese cambiado por nada en el mundo, ni siquiera por varios castillos. Él no había conocido ni el

amor ni la compasión, e incluso ignoraba qué aspecto podía tener la persona que tocaba el instrumento; pero al oír esa música que venía de más allá de los muros del jardín, se sintió feliz. Casi llegó a experimentar vergüenza de su propia emoción. Se sentía incluso henchido de amor por aquella a quien a menudo había maldecido como a un demonio: su madre. Comprendió entonces que le sería difícil renunciar al mundo.

Bajo la luna cada vez más resplandeciente, el perfume de los crisantemos del seto le acariciaba la manga. Era imposible que esa noche se desencadenase tempestad alguna. No había ninguna nube en su corazón. De nuevo podía oírse el sonido del *koto*. Sí, el sonido del instrumento sería su compañero durante los cien años siguientes, le guiaría en los sufrimientos de todo ese tiempo.

El joven acababa de entrar en un mundo en donde cien flores diferentes florecían al mismo tiempo.

La decimotercera noche (*Jüsan' ya*)

1

Normalmente Oseki llegaba siempre en su imponente *rickshaw* lacado en negro[1]. En el momento en que sus padres oían el vehículo detenerse ante su puerta, salían los dos a recibir a su hija. Esta noche, en cambio, había alquilado un *rickshaw* ordinario, tomado en un rincón de la calle. Ahora que lo había despedido, se encontraba de pie, abatida, ante la puerta de la entrada. Pudo oír la sonora voz de su padre en el interior de la casa:

—Es verdad, formo parte de la gente que es feliz. Tenemos unos buenos hijos que no han tenido el menor problema al crecer y que las gentes nos envidian. ¿Qué más podemos desear? Creo, sí, que soy un hombre afortunado.

Así hablaba a su mujer mientras Oseki reflexionaba: ¿cómo iba a poder abordar la cuestión de su divorcio y pedirle el correspondiente permiso si parecía tan feliz, si lo ignoraba todo?

Sin duda alguna la reprenderían. Era madre de un pequeño, Tarô, al que le había sido muy difícil no traer con ella esa noche hasta aquí. ¡Le resultaba tan penoso hacer pedazos la felicidad de sus viejos padres comunicándoles bruscamente la noticia! Estuvo a punto de regresar a su casa sin decir una palabra y continuar siendo para siempre, sí, para siempre, la madre de Tarô y la esposa de Isamu: de este modo sus padres podrían seguir enorgulleciéndose, durante muchos años todavía, del puesto ministerial de su yerno. Si ella era razonable, podría continuar de vez en cuando trayéndoles los alimentos que tanto les gustaban y un poco de dinero; pero si cedía a su deseo y elegía el divorcio, entonces sería el fin de todo. Tarô debería, con dolor, vivir con la suegra; ella misma perdería de modo repentino el prestigio ante sus padres, tan orgullosos de ella,

y el porvenir de su joven hermano se vería reducido a la nada por culpa de su egoísmo. Quizá debiera regresar a casa. Regresar. Volver al domicilio del demonio de su marido. Pero no, no podía volver con ese hombre inhumano. Tembló, casi titubeó al llamar sonoramente a la puerta enrejada.

—¿Quién es? —dijo su padre con voz fuerte—. Seguro que otro recadero que se ha equivocado de dirección.

Fuera se oyó una risa.

—Soy yo, papá —dijo ella con su bella voz.

—¿Quién es? —insistió el padre, a la vez que tiraba de la puerta deslizante—. ¡Oseki! ¿Qué haces aquí tan tarde, sin vehículo ni criado que te acompañe? ¡Entra, rápido! ¡Qué sorpresa! No te esperábamos. No te preocupes por la puerta, voy a cerrarla. Vamos a la habitación del fondo. Desde allí puede verse la luna. Coge un almohadón. No, no lo cojas: las esterillas están sucias. Se lo he dicho al propietario, pero parece que el fabricante se retrasa. Ponte cómoda y toma un cojín si no quieres ensuciarte… Y bien, ¿qué ocurre para que hayas salido tan tarde de casa? ¿Están todos bien, al menos?

Su padre la recibía con su habitual cortesía, pero Oseki se sentía incómoda al verse tratada por sus propios padres como la mujer de un hombre importante. Se esforzó por retener las lágrimas al responderle:

—Sí, todos están bien, pese a los malos tiempos. Me duele no haber venido a veros antes. ¿Cómo estáis, mamá y tú?

—Yo me porto muy bien. ¡Ni siquiera estornudo! En cuanto a tu madre, empieza a tener vértigos, pero en medio día se recupera si se acuesta en la cama. ¡Nada grave, pues!

Por el tono de voz, ella supo que, en efecto, todo iba bien.

—No he visto a Inosuke. ¿Ha ido a algún sitio a estas horas? ¿O es que está estudiando muy en serio?

—Acaba de marcharse a sus clases nocturnas. ¡Gracias a ti, Oseki, tu hermano acaba de obtener un ascenso! —respondió con alegría su madre cuando trajo el té—. Parece ser que su director lo aprecia mucho. Todo va bien para él. ¡Y todo ello gracias a las relaciones de nuestro yerno, Harada Isamu! En verdad que somos muy felices. Inosuke no es siempre muy cordial contigo, no es muy charlatán, y sé que cuando ve a Isamu no le da las gracias como

debiera. Pero tú que sabes de estas cosas, Oseki, transmite a Isamu nuestra gratitud y háblale de lo importante que es para nosotros el futuro de Inosuke. ¿Y cómo va el pequeño Tarô, pese al cambio de estación? ¿Sigue haciendo de las suyas? ¿Por qué no lo has traído contigo? ¡A su abuelo le habría gustado tanto verlo!

El corazón de Oseki experimentó un vuelco.

—Había pensado en traerlo, pero en cuanto anochece se duerme enseguida, por lo que lo he dejado acostado. No para de hacer tonterías, ¡no hay forma de que me obedezca! Me sigue a todas partes, por el exterior, por la casa. No me pierde de vista. Ese niño requiere verdaderamente toda mi atención. No sé por qué se comporta de ese modo.

Mientras hablaba, sentía las lágrimas del remordimiento humedecer su corazón. En la urgencia de sus sentimientos, había dejado durmiendo al pequeño. Quizá se hubiese despertado en estos instantes, quizá estuviese llamándola, perturbando el reposo de los sirvientes… No se calmaría ni aun dándole bizcochos de arroz, y los sirvientes acabarían por amenazarle con dejarlo solo, para que se lo comieran los demonios. «¡Qué desgracia!», estuvo a punto de gritar; pero, ante al buen humor de sus padres, optó por callar. Fumó su pipa, echando un par de bocanadas y tosiendo luego en su manga para ocultar las lágrimas.

—Esta es la decimotercera noche del antiguo calendario —dijo entonces la madre—. Será, quizá, una vieja costumbre, pero he elaborado unos pastelillos redondos para ofrecérselos a la luna como se hacía antaño. Sé que a ti también te gustan mucho. Pensaba pedirle a Inosuke que te trajera alguno, ¡pero ya sabes lo respetuoso que es con las reglas! Me lo ha desaconsejado[2]. Y como no te las había enviado el día quince, no podía enviártelas hoy. Y, mira por dónde, aquí te tenemos, como en un sueño. ¡Parece que me hayas leído los pensamientos! Seguro que debes comer cosas muy ricas en tu casa, ¡pero la cocina de una madre siempre es algo diferente! Venga, Oseki, olvida esta noche que estás casada y vuelve a ser la niña que eras. ¡Te lo ruego, come estas castañas y estas alubias en rama que tanto te gustaban! No te preocupes por las apariencias, ¡come!… ¿Sabes?, a menudo hablamos de ti con tu padre. ¡Eres una triunfadora! ¡Tu excelente aspecto y todos esos hombres y mujeres de elevada condición que frecuentas! Ha

requerido un excepcional coraje por tu parte convertirte en la mujer de alguien como Isamu. Tienes que dar órdenes a los sirvientes, ocuparte de los invitados. No es fácil tener a gente bajo tu mando, por no hablar del hecho de que provienes de una familia como la nuestra, que es modesta, así que debes estar muy atenta en todo momento para dar buena impresión a la gente. Tu padre y yo nos damos cuenta perfectamente de todo. Es cierto que tu padre y yo quisiéramos verte más a menudo a ti y a nuestro nieto. Si no lo hacemos es por no molestar; ¿sabes?, a veces pasamos ante tu puerta con nuestros kimonos de algodón y nuestras viejas sombrillas en la mano… echamos, entonces, una mirada a los doseles de bambú del primer piso y nos preguntamos qué estarás haciendo; luego, proseguimos nuestro camino. Si tan solo fuésemos un poco más ricos, te sentirías más cómoda, tendrías una preocupación menos. Pero ¿para qué continuar con esto si no puedo ni siquiera enviarte mis pastelillos sin avergonzarme del envoltorio? Sé bien cómo debes sentirte…

Estaba sumamente alegre de ver a la hija, pero al mismo tiempo hacía notar lo excesivamente ocasional de las visitas. Como para tranquilizar a su madre, tan preocupada por la modestia de su condición, Oseki dijo:

—En verdad que soy una hija indigna. Debo de parecer sin duda alguien digno de ser admirado, con mis vestidos de seda y mi vehículo propio, pero no soy capaz de ayudar a mis padres. No me ocupo más que de mí misma. ¡Hubiese sido más feliz viviendo de un pequeño trabajo a vuestro lado!

—¡No seas estúpida! —dijo su padre—. ¡No deberías decir una cosa semejante! ¿Crees tú que una mujer casada debe ayudar a sus padres? Claro que no. Cuando vivías con nosotros eras nuestra hija; pero ahora que estás casada, eres la esposa de Harada Isamu. Debes ocuparte de él, hacerle feliz, cuidarte de la casa, eso y nada más. En alguna ocasión puede que sea duro contigo, pero con la suerte que tienes actualmente creo que es algo soportable. ¡Las mujeres se pasan el tiempo quejándose! ¡Tu madre hace lo mismo! ¡Es algo muy molesto! ¡Se ha pasado el día muy alterada porque no podía enviarte los pastelillos! Los ha preparado con gran cuidado. Come los que quieras, a ver si se tranquiliza. ¿Verdad que están buenos?

¿Cómo iba a poder hablarles, si su padre solo pensaba en

bromear? Se puso, pues, a comer las castañas y las habichuelas en rama que su madre le había preparado.

Desde que estaba casada, hacía siete años, no les había visitado nunca a una hora tan tardía. Así mismo, nunca había venido sola y con las manos vacías. Además, iba vestida menos elegantemente que de costumbre. Estaban tan felices de verla que, en principio, sus padres no notaron nada especial en su hija; y, sin embargo, en esta ocasión no les había transmitido saludos de parte de su marido, su sonrisa era forzada y algo en su interior parecía inquietarla…

Su padre miró el reloj de péndulo sobre el escritorio.

—Van a ser ya las diez, Oseki. ¿Acaso piensas quedarte aquí a dormir? ¡Si has de volver a casa creo que ya es hora!

Escrutó el rostro de su hija, que comprendió que había llegado el momento de hablar. Miró, entonces, a su padre.

—Papá, he venido esta noche para pediros algo. ¿Puedo hablarte?

En un santiamén se inclino ante su padre, las dos manos sobre la esterilla, para dejar que se deslizara la primera gota de su océano de penas. Desconcertado, el padre flexionó las rodillas para acercarse a ella.

—¿Qué sucede?

—He venido aquí esta noche con la intención de no regresar jamás con Isamu. Él no sabe nada de esto; pero cuando he acostado a Tarô y he aguardado a que se durmiera, estaba decidida a no volver a verlo jamás… He engañado al pobre niño, acostumbrado a que sea yo y nadie más quien se ocupe de él. He esperado a que se durmiese y, cuando parecía estar soñando, he abandonado la casa como un fantasma. ¡Papá, mamá! ¡Os lo suplico! ¡Tratad de imaginar mi situación! No he dicho nada de esto a nadie hasta el día de hoy. Jamás os había hablado de esto antes. Cien veces, mil veces le he dado vueltas al problema en mi cabeza, pero llevo ya dos años llorando hasta la extenuación y esta vez ya no puedo más, he resuelto firmemente separarme de Isamu. Os lo ruego, aceptar mi petición. Trabajaré en lo que sea, haré cuanto pueda por ayudar a Inosuke… ¡Tan solo quiero vivir sola!

Al terminar de hablar, rompió a llorar, mordiéndose la manga para contener su pena. Húmedas por sus lágrimas, las hojas de bambú negras de su kimono adoptaron un tinte violeta.

—Pero ¿qué ha sucedido? —le preguntaron sus padres acercándose aún más a ella.

—No os había dicho nada hasta ahora, pero si nos hubieseis visto juntos un día entero lo comprenderíais. Los únicos momentos en los que Isamu me dirige la palabra, y encima de modo desagradable, es cuando tiene necesidad de mí. Por la mañana, cuando se despierta y le pregunto cómo ha dormido, se aparta de mí y me habla intempestivamente de las flores del jardín. Esto podría bastar para irritarme, pero retengo mi cólera y tolero sus humores, puesto que es mi marido. Jamás he discutido con él. Durante el desayuno comienza con sus reproches incesantes, diciéndome delante de los criados lo poco hábil que soy y lo mal criada que he sido. Si esto fuese todo, todavía podría soportarlo. Pero no se detiene ahí y me reprocha, encima, mi falta de cultura. ¡Y si vierais su cara de desprecio cuando me dice que soy una inculta! ¿Y qué puedo hacer si no he ido a una escuela para jóvenes hijas de la nobleza? Cierto que no puedo mantener una conversación con las esposas de sus colegas sobre el arreglo de las flores, sobre el té, la poesía o la pintura, pero si tanto le molesta, bastaría con que me autorizase a tomar lecciones… en lugar de referirse en público a la pobreza de mi familia. Tendríais que ver cómo me miran los criados en esas momentos… Durante los seis meses posteriores a nuestra boda, no me dejaba ni un instante, parecía que yo lo era todo para él; pero tras nacer Tarô cambió completamente. ¡Da miedo, cuando pienso en el cambio que ha dado! Desde entonces me hallo en el fondo de un valle oscuro, sin luz, sin sol ni calor. Al principio pensé que esa crueldad era fingida, para hacerme rabiar, pero enseguida comprendí que lo que ocurría era que estaba cansado de mí. De hecho, me atormenta sin cesar en espera de que me marche o de que pida el divorcio… Vosotros conocéis mi carácter, ¿no? Incluso si se encaprichase de una *geisha* o mantuviera a una amante, yo llegaría a contener mis celos. Por otro lado, hay rumores en este sentido, que ya circulan entre los criados. Esto no es nada raro entre hombres de posición elevada y que trabajan duro, como Isamu. Por otra parte, cuando se marcha de casa, en absoluto le reprocho nada e incluso le preparo el atuendo que llevará; pero ni siquiera esto le satisface. Me dice que si no pasa más tiempo en casa es porque no hay nada que yo haga

que le parezca interesante, que no hago bien nada. Si me explicase lo que no le gusta y qué es lo que le irrita de mí, le atendería; pero se burla de mí repitiéndome que soy pesada, estúpida, que le canso, que soy incapaz de mantener una conversación interesante; en suma, solamente soy útil a sus ojos en mi papel de nodriza de Tarô. ¡No, verdaderamente no es un marido sino un monstruo! Parece animarme a que me vaya, aunque no me lo dice explícitamente. Y yo soy tan miedosa y estoy tan unida a Tarô que soporto sin rechistar cuanto me dice. ¡Y, encima, añade que no sirvo para nada, que no tengo energía ni amor propio, y que por esto no puede respetarme! Creo que si me resistiese poniéndole objeciones, entonces seguro que me obligaría a marcharme. Dejarle, mamá, a mí no me importa. Lo único digno de admiración que tiene es su nombre. Una vez divorciada, no lamentaría nada; pero cuando pienso en que mi pequeño Tarô, demasiado joven aún para comprender estas cosas, se quedaría con solo uno de sus padres, siento, entonces, mi voluntad desfallecer, presento mis excusas y me pliego a los caprichos de Isamu, temblando ante cualquier cosa, por pequeña que sea… Todo esto es lo que he soportado hasta hoy sin decir una palabra. ¡Papá, mamá, que desgraciada soy!

Al abrirse de este modo a sus progenitores, les había dicho mucho más de lo que había previsto. Sus padres se miraron asombrados por lo que acababan de escuchar.

—¡Jamás hubiéramos imaginado que fueses tan infeliz!

Durante unos instantes nadie profirió una palabra.

Como todas las madres, la de Oseki se puso del lado de su hija. Su padecimiento aumentaba a medida que esta iba desgranando las palabras.

—No sé lo que piensa tu padre, Oseki, pero no fuimos nosotros quienes pedimos a Isamu que se casara contigo. ¡Qué atrevimiento el suyo al referirse a tu medio social y a tu instrucción! ¡Puede que él haya olvidado cómo sucedió todo, pero yo me acuerdo muy bien todavía! Tú tenías diecisiete años ese Año Nuevo en que él te vio por primera vez. Era la mañana del siete de enero, las ramas de pino todavía se hallaban en las puertas[3]. Nosotros vivíamos en la vieja casa de Sarugakuchô. Tú jugabas fuera al bádminton junto con la hijita de nuestra vecina cuando, de pronto, la pelota que acababas de lanzar cayó sobre el carruaje de Isamu, que

precisamente pasaba por allí. Tú fuiste a buscarla, y en cuanto te vio, se quedó prendado de ti y no cesó, a partir de ese instante, de solicitarnos tu mano. No sé la de veces que nos negamos alegando que nuestra posición social no era la misma que la suya y, también, que no eras más que una niña, que tu educación en artes femeninas era incompleta y que, por otro lado, nuestra situación económica no nos permitía encarar una boda a lo grande. Pero él no quiso saber nada. No tenía padre ni madre, lo que le facilitaba las cosas, decía él. Era su elección y la diferencia de posición social entre las dos familias no tenía, pues, ninguna importancia. En cuanto a tu aprendizaje de las artes femeninas, él sería quien se encargaría tras vuestra boda, no teníamos tampoco por qué preocuparnos por eso. Se las ingenió, desde luego, para encontrar todos los argumentos posibles a fin de convencernos. ¡Estaba decidido a cuidar de ti! Nosotros no le pedimos nada, fue él quien quiso financiar tu ajuar. ¡Eras la mujer que amaba! Si tu padre y yo no hemos venido a verte todos estos años no es porque nos intimidara la posición de Isamu, pues a fin de cuentas no eras su amante sino su esposa, y él había insistido en que quería casarse contigo. A priori, todo esto no suponía ningún problema, no: si no hemos venido a verte más a menudo ha sido porque, viviendo él en la riqueza y nosotros modestamente, no hemos querido que pudiese pensarse que os visitábamos para obtener los favores de nuestro yerno. No quería que la gente pudiese pensar esto de nosotros. No por orgullo, sino porque queríamos mantener con Isamu una relación correcta. ¡Esa es la razón por la que no te hemos visitado tanto como hubiésemos querido! ¡Qué estúpidos hemos sido! ¡Y nos dices que te trata como a un niño expósito! ¡Qué arrogancia! ¡Y te reprocha, además, que no sabes hacer nada! Hija mía, si no reaccionas cuando él te critica de ese modo, las cosas empeorarán y se convertirá en una costumbre. Ante todo, debe dejar de hablarte así ante las criadas, si no tu autoridad se esfumará y no escucharán lo que tengas que decirles. ¡Y lo mismo en cuanto a la educación de Tarô! ¿Qué pasaría si Tarô llega a despreciarte? No, ciertamente no debes dejar que te haga eso, has de decirle algo: por ejemplo, que tienes una familia que te acogerá. Y si esto le disgusta, sal y da un paseo. Realmente pienso que es una lástima que te hayas callado hasta este momento. Él actúa de esta manera porque tú eres demasiado

amable. ¡Me pone furiosa escuchar cosas semejantes! ¡No, no hay razón alguna para que debas aguantar todo esto! Por mucho que tu familia sea modesta, tienes un padre, una madre e incluso un hermano, aunque sea muy joven. ¿Por qué habrías de sufrir de ese modo? ¿Verdad, papá, que podríamos visitar a Isamu y decirle un par de cosas?

Se hallaba tan furiosa que había perdido el sentido de la realidad.

Su padre había estado escuchándolo todo atentamente, con los brazos cruzados y los ojos cerrados.

—Tu madre exagera. La he escuchado mientras trataba de pensar lo que debemos hacer. Como te conozco bien, Oseki, sé que no hablarías así si no tuvieses buenas razones para hacerlo. Está claro que has sufrido mucho. ¿Está Isamu en casa esta noche? O, mejor dicho, ¿se ha enfadado de nuevo?, ¿te ha hablado de divorcio antes de venir tú aquí? —preguntó con mucha calma.

—Isamu no ha regresado a casa desde anteayer. A veces suele ausentarse cinco o seis días, podría decirse que es algo frecuente. Antes de marcharse estaba enfadado conmigo por la forma en que había plegado sus ropas. Aunque le di toda clase de excusas, no quiso saber nada. Se quitó el kimono, lo arrojó al suelo y se puso un traje occidental. Antes de salir me espetó: «Es imposible que haya alguien más desgraciado que yo. ¿Por qué tendré una mujer como tú?». ¿Qué quiere de mí, entonces? No me dirige una palabra en los trescientos sesenta y cinco días del año, y las pocas veces en que lo hace es para decir un montón de maldades sobre mí. ¿Cómo podría tener ganas de continuar siendo la esposa de Harada Isamu? ¿Cómo seguir siendo la madre de Tarô y encontrar en mi interior la paciencia suficiente, días tras día, mientras me seco las lágrimas? No, está decidido, ya no tengo ni marido ni hijo. Debo retornar a la época en que aún no estaba casada, cuando no me sentía tan miserable como hoy, hasta el punto de tener que abandonar al pequeño Tarô mientras duerme. Ya no puedo vivir más junto a Isamu, estoy firmemente convencida. Se dice que un niño puede crecer sin sus padres, pero, de todas formas, es preferible para él no ser criado por una madre tan desdichada como yo. Una nodriza o una amante de su padre, con la cual este se entienda bien, se ocuparán de él mejor que yo. Su progenitor irá, de ese modo,

cogiéndole más afecto. En definitiva, Tarô saldrá ganando. No regresaré nunca más con Isamu.

Le resultaba tan difícil cortar el vínculo con su hijo que, bajo la firmeza de su discurso, la voz le temblaba. El padre suspiró.

—Lo que dices es cierto. ¡Has pasado por una experiencia difícil, la situación es lamentable!

Miró a Oseki por unos instantes. Le costaba reconocer a su hija bajo los rasgos de esa gran dama: el cuidadoso moño sujeto en su base por un pequeño lazo dorado, la chaqueta de crespón de seda y de perfecta caída… ¿Cómo podía animarla a que volviese a los vestidos sin forro, a las mangas atadas y los cabellos peinados hacia atrás? Es decir, a una vida de trabajo. Y también estaba Tarô, de quien habría que ocuparse. La gente se burlaría si ella echaba a perder cien años de fortuna por un momento de ira. Una vez que volviese a ser la hija de Saito Kazue, ninguna lágrima ni ninguna risa le permitirían ser de nuevo la madre de Harada Tarô. Puede que ya no sintiese afecto por su marido, pero le sería difícil olvidar a su hijo. No dejaría de pensar en él tras la separación, incluso cada vez con más intensidad. Llegaría incluso a añorar, sin duda, los días difíciles pasados a su lado. Su desgracia, en fin, se debía a haber nacido bella y a haberse casado con alguien de una clase social superior a la suya. Su compasión de padre se redoblaba cuando pensaba en lo que su hija tenía que soportar.

—Oseki, quizá pienses que soy alguien sin corazón por hablarte así, pero mi intención no es reprenderte. Cuando la gente procede de medios diferentes, es natural que se piense de modo diferente. Es posible, por ejemplo, que pese a los esfuerzos enormes que haces por complacer a Isamu, a sus ojos algunas cosas no sean perfectas. Es un hombre con conocimiento del mundo, inteligente, instruido. No hay razón alguna por la que deba atormentarte sin consideración. Los hombres entregados encarnizadamente a sus trabajos, los hombres a quienes todo el mundo admira, suelen ser muy egoístas. Exteriormente no dejan nunca traslucir sus frustraciones, sino que les dan rienda suelta en cuanto llegan a casa. Sin duda es terrible para ti en este momento ser el blanco de esos reproches, pero, por otro lado, es también tu deber ser la esposa de alguien como él. ¡Compréndelo: no hablamos de uno de esos funcionarios del ayuntamiento que van al trabajo con la fiambrera

atada a la cintura, uno de esos siempre prestos a encender el fuego para la tetera! No, la posición de Isamu es muy diferente. Por consiguiente, incluso aunque sea puntilloso y difícil de vez en cuando, el deber de una esposa es complacer al marido aplacando su malhumor. Es duro decir esto, seguramente, pero dudo de que haya muchas mujeres que sean completamente felices con sus maridos. Si crees que eres la única, Oseki, la amargura te vencerá. Es muy común soportar ese lastre. Y como la diferencia de posición es grande entre vosotros, la pena resulta doble. Tu madre ha fanfarroneado un poco. De no haber mediado Isamu, ¿gozaría, hoy día, tu hermano de un salario tan sustancioso? Suele decirse que los hijos deben siete veces los favores que reciben de sus padres, pero cuando está por medio alguien externo como Isamu debería decirse que son diez veces. Es duro para ti, Oseki, lo sé, pero debes pensar en tus padres, en tu hermano, en tu hijo. Porque si has sido capaz de soportar todo esto hasta hoy, no hay razón para que no puedas seguir haciéndolo. ¿Piensas que el divorcio será la solución? Tarô quedaría en propiedad de Isamu y tú serás mi hija de nuevo. Una vez cortados los puentes, no podrás volver a ver a tu hijo jamás. Si de lo que se trata es de llorar de pena, ¿acaso no vale más hacerlo siendo la esposa de Isamu? ¿Acaso no tengo razón, Oseki? Venga, regresa a tu casa esta misma noche como si nada hubiese pasado y vuelve a tu vida corriente con la discreción que te conocemos de siempre. Y aunque no vuelvas a hablarnos de todo esto, que sepas que tus padres y tu hermano estarán siempre a tu lado compartiendo tus lágrimas.

Su padre, enjugándose las lágrimas, quería persuadirla para que se resignase a su suerte. Oseki estalló en sollozos.

—Ha sido egoísta por mi parte pensar en el divorcio. Tienes razón. Si no pudiese ver más a Tarô, perdería toda razón de vivir. ¡Huiría de mis penas actuales para hundirme en otras peores! Si lograse sentirme como si estuviese muerta, eso lo resolvería todo… Mejor así: que Tarô se encuentre arropado por sus dos padres. Ha sido una idea estúpida por mi parte. Os he inquietado con mis historias. A partir de esta noche me consideraré como muerta, como un espectro que se ocupa de su hijo. ¡Así lograré soportar la crueldad de Isamu durante los próximos cien años!

Tan pronto como se enjugaba una lágrima, ya otras nuevas le

caían.

—¡Mi pobre niña! ¡Qué desgraciada eres! —dijo la madre, sollozando también.

En ese instante incluso la límpida luna parecía inconsolable. En el jarrón, el plumero de hierbas salvajes que había recogido su hermano Inosuke a lo largo de la zanja tras la casa, aparecía, en la noche, como una invitación a la compasión.

La casa de sus padres se encontraba al pie de Shinzaka, en el barrio de Ueno, junto a la carretera que llevaba a Surugadai. Bajo el espesor de los árboles, el lugar aparecía sombrío, pero ese anochecer la claridad de la luna era tan intensa que en la calle principal parecía que fuese mediodía. Al no tener contrato con ninguna parada de *rickshaws*, sus padres llamaron a uno desde la ventana.

—Bien, si estás de acuerdo, Oseki, creo que será mejor que regreses ya. Has salido durante la ausencia de tu marido y sin permiso. Tendrás que dar muchas explicaciones a tu vuelta. Se hace tarde; pero en el vehículo llegarás pronto a casa. Iremos pronto a visitarte para hablar de todo esto; pero mientras tanto es preciso que regreses.

Su padre la tomó de la mano como queriendo arrastrarla hacia el exterior. La piedad que sentía por Oseki se veía sobrepasada por el deseo de volver a ver las cosas en su cauce habitual lo más rápidamente posible.

—¡Papá, mamá, ya no volveré a hablaros de todo esto! Vuelvo a casa, donde seré la esposa de Isamu. No ha estado bien que haya criticado de este modo a mi marido. No volveré a referirme a ello, estad seguros. Inosuke seguirá teniendo el apoyo de ese hombre importante. ¡No os preocupéis! ¡Mientras seáis felices ya no tendré más penas! ¡No cometeré ninguna irresponsabilidad, no tenéis de qué preocuparos! A partir de esta noche mi cuerpo será propiedad de Isamu. Haré cuanto él me diga… Debo marcharme ya. Saludad a Inosuke de mi parte cuando regrese. Y cuidaos. ¡La próxima vez vendré con una sonrisa en los labios!

Pero por la forma en que se levantó para marcharse, se veía que no era ella quien así lo había decidido.

Sacó el portamonedas con el poco dinero que llevaba, la madre le dijo al conductor del *rickshaw* detenido ante la casa:

—¿Cuánto cuesta hasta Surugadai?

—No, mamá, déjalo estar, pago yo… aunque te lo agradezco.

Se despidió con gentileza y luego atravesó la puerta de entrada, secándose en la manga las lágrimas que le caían por las mejillas. Desde el interior del vehículo, oyó cómo su padre tosía para aclararse la garganta y, por el ruido, supo que también estaba llorando.

2

Bajo la clara luna, el débil canto de los insectos se mezclaba tristemente con el viento otoñal. Acababan de llegar a Ueno cuando Oseki se sobresaltó.

—Lo siento —dijo el conductor del *rickshaw* depositando con brutalidad el brazo del vehículo en el suelo—. No puedo llevarla más lejos. No le cobraré el viaje.

Desconcertada por esta inesperada actitud, Oseki sintió que los latidos de su corazón se aceleraban.

—¡Pero si tengo muchísima prisa! ¿Qué voy a hacer? ¡Se lo ruego, prosiga! ¡Le pagaré más! ¿Cómo voy a encontrar otro vehículo en este lugar tan desierto? ¡Me pone usted en un difícil compromiso! ¡Venga, deje de refunfuñar y lléveme a casa!

Temblaba ligeramente en su insistencia.

—No quiero que me pague más. Quiero que me permita detenerme. ¡Por favor, baje! No puedo seguir tirando del vehículo. ¡Estoy demasiado cansado!

—¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra enfermo? ¿Cree usted que puede dejarme aquí simplemente porque esté cansado? —dijo ella comenzando a alzar la voz.

—¡Perdóneme! Estoy demasiado cansado. Se lo digo de verdad.

Y, con la linterna en la mano, se situó junto al brazo del carruaje.

—¡Menudo conductor caprichoso! Ya que no puede llevarme a casa, lléveme al menos a algún lugar en donde pueda encontrar otro vehículo. Le pagaré bien. Lléveme al menos hasta Hirokôji —dijo esta vez con una voz dulce, para ablandarlo.

—Está bien; es usted una mujer joven, no sería muy gentil por

mi parte dejarla en un lugar como este. ¡Discúlpeme por haberla asustado! ¡Reanudemos la marcha! ¡La acompañaré hasta allí!

Cuando volvió a coger la linterna, no le pareció a Oseki que se tratase de un mal hombre y suspiró de alivio. Tranquilizada, se puso a observar el rostro del conductor. Tendría veinticinco o veintiséis años. Su piel era morena. No era ni muy alto ni muy delgado. Pero… ¡claro! Ahora que la luz de la luna incidía en su rostro ella se dio cuenta de que lo conocía. ¿Quién era? ¿A quién se parecía? Tenía el nombre en la punta de la lengua, pero dudaba si pronunciarlo.

—¿Eres tú? —preguntó sin pensar en lo que estaba diciendo.

—¿Perdón? —dijo el hombre sorprendido, volviendo la cara hacia ella.

—¡Claro! ¡Eres tú! No me has olvidado, ¿verdad?

Ella bajó del vehículo sin dejar de mirarle.

—¿Saitô Oseki? ¡Me da vergüenza que me veas así! ¿Cómo podía saber que eras tú? No tengo ojos en el cogote. ¡Aunque hubiese debido de reconocer tu voz! ¡Me estoy volviendo cada vez más tonto! —dijo él, incómodo y esquivando su mirada.

Oseki lo estudió de la cabeza a los pies.

—No, no te habría reconocido si nos hubiésemos encontrado por la calle. Hasta hace un instante pensaba que eras un extraño, un simple conductor de *rickshaws*. ¿Por qué ibas tú a reconocerme? Soy yo quien tiene que excusarse. ¿Desde cuándo desempeñas este trabajo? ¿No has descuidado tu salud? Te veo muy delgado. He oído decir que tu tía ha cerrado su almacén de Ogawamachi y se ha ido a vivir al campo. Tampoco yo soy la misma. No siempre las cosas van como una quiere. Ni te he visitado ni te he escrito cartas. ¿Dónde vives ahora? ¿Se encuentra bien de salud tu mujer? ¿Tienes hijos? De vez en cuando visito las tiendas de Ogawamachi y veo que el viejo almacén sigue igual. Continúa siendo un comercio de tabaco, pero ahora se llama Notoya. Cuando paso por delante, dirijo una mirada diciéndome: «Es aquí donde vivía Kôsaka Roku cuando éramos niños». ¿Recuerdas cómo solíamos fumar a escondidas camino de la escuela? ¡Ah, qué desvergonzados éramos! A menudo me he preguntado lo que estarías haciendo o adónde habrías ido, me preguntaba cómo podría apañárselas alguien tan amable como tú. ¡Me preocupaba! Por otro lado, cada vez que visitaba a mis

padres les preguntaba si sabían qué había sido de ti… Pero hace ahora cinco años que me fui de Sarugakuchô y jamás he podido obtener ninguna información sobre ti. ¡Cómo te he echado en falta!

Ella le abrumó con preguntas, olvidando que estaba casada, mientras él enjugaba con un pañuelo el sudor que le caía por la frente.

—¡Me da tanta vergüenza haber caído tan bajo! —comenzó a decir el hombre—. No tengo siquiera domicilio fijo. Duermo en un alojamiento alquilado a un tal Murata, en un primer piso, en el barrio de Asakusa. A veces me paso todo el día acostado, sin hacer nada. Cuando me siento animado, como esta noche, tiro del *rickshaw* hasta tarde. Pero cuando empiezo a estar cansado, de nuevo se me van las ganas. ¡Mi vida se vuelve humo! Había oído decir que seguías siendo muy bella, Oseki, y que te habías casado. ¡En mis sueños esperaba tener la suerte de volver a verte un día y poder hablar contigo, al menos una vez en la vida! Pensaba que mis días no valían gran cosa y que nada importaba ya. ¡Pero si no hubiese encontrado este oficio no hubiese podido reencontrarme hoy contigo! ¡Ah! ¡Estoy tan feliz de que me hayas reconocido! ¡Gracias, Oseki!

Y bajó su mirada hacia el suelo.

—¡No eres el único que padece en este triste mundo! —dijo ella, llorando—. Pero háblame de tu mujer…

—Sin duda la conocerás. Es la hija de los Sugita, que vivían frente a nosotros, en la calle en diagonal. Yo llevaba una mala vida, salía mucho y volvía poco a casa, de modo que mis parientes pensaron, equivocadamente, que lo que me convenía era casarme. Así que mi madre se puso las gafas y empezó a buscar candidatas y pronto su elección recayó sobre la hija de los Sugita. No paró, a partir de entonces, de atormentarme, y finalmente cedí. Nos casamos casi en el mismo instante en que oí decir que estabas encinta, y un año más tarde éramos nosotros a quienes felicitaban. Pero ¿cómo unos pocos juguetes infantiles iban a hacerme cambiar de vida? La gente pensaba que, casado con una chica guapa, yo saldría menos y que me volvería más razonable si tenía un hijo. Pero ¿qué importancia tenía la belleza de mi mujer? Ono no Komachi, Hsi Shih y la princesa Sôtori podrían haber bailado ante mí y no habrían conseguido cambiar mis malos hábitos[4]. ¿Y por

qué esa cosa pequeña con olor a leche de su madre debería provocar una especie de despertar espiritual en un hombre? Salí, pues, tantas veces como me fue posible y bebí como un loco. Desatendí a mi familia, dejé de trabajar. Me quedé a dos velas. ¡A esta situación llegué! Fue hace tres años. Ahora mi madre se ha marchado con mi hermana, que está casada y vive en el campo. Y mi mujer se ha llevado al bebé, ha regresado con su familia y no he vuelto a tener noticias de ella. No echaba demasiado de menos a esa pequeña hija. Me he enterado, pese a todo, de que la niña murió de tifus a finales del año pasado. Las niñas suelen ser precoces; aunque apuesto a que no murió sin acordarse de su padre. Iba a cumplir cinco años. No sé por qué te cuento todo esto. No es nada interesante.

Una sonrisa flotaba en su cara sombría.

—¡Si hubiera sabido que eras tú, Oseki, no me hubiese comportado de un modo tan grosero! Ven, sube, voy a acompañarte. ¡He debido darte un buen susto! Ya ves, todavía no soy un verdadero conductor de *rickshaws*. No obtengo ningún placer de sujetar los dos brazos del vehículo. ¿Qué puedo esperar de una ocupación semejante? ¡Es como llevar una vida de caballo, o de buey! ¿Crees que soy feliz cuando me dan unas monedas? ¿Crees que tomar un poco de vino va a ahuyentar mis penas? No; estoy realmente harto. Me da igual si llevo un pasajero o no, ¡cuando me siento cansado no sigo! Qué egoísta y desconsiderado, ¿verdad? ¡Venga, sube, te llevo!

—¿Cómo quieres que suba al *rickshaw* ahora que sé quién eres? Era diferente cuando lo ignoraba. Pero el lugar es muy solitario. ¿Me acompañas a pie hasta Hirokôji? Me da miedo quedarme aquí. Podemos charlar un poco durante el camino.

Mientras caminaban, Oseki mantuvo un poco levantado el borde inferior de su kimono. El sonido de los chanclos de madera resonaba tristemente en los adoquines del suelo.

De todos sus amigos de antaño él era el único al que no había olvidado: el hijo de los Kôsaka de la tienda de tabaco de Ogawamachi, en la que siempre todo estaba en orden. Ahora, el color de su piel era oscuro y su aspecto miserable, pero en aquella época ¡qué encantador aspecto ofrecía con sus variadas ropas de algodón y su bonito delantal! ¡Siempre tan simpático y acogedor!

Era aún muy joven, pero el comercio marchaba bien con él, mejor que cuando su padre estaba todavía vivo. Todo el mundo le respetaba. ¡Era tan inteligente! Pero ahora había cambiado… Oseki se acordaba de la época en que había oído decir que iba a casarse. Ya entonces se contaba que parecía otro, disipado y áspero. La gente llegó a decir que el cambio era tal que quizá estuviese poseído por un demonio o que era víctima de una maldición. Y esta noche, en efecto, tenía un aspecto decididamente miserable. Jamás hubiese ella imaginado que Kôsaka Roku acabaría sus días en la habitación de una pensión de tercera categoría.

Él había estado enamorado de Oseki. Se habían visto cada día entre los doce y los diecisiete años. En cada una de sus visitas a la tienda, Oseki se imaginaba a sí misma tras el mostrador leyendo el diario entre dos clientes. Pero fue entonces cuando apareció un forastero que solicitó su mano. Sus padres la habían empujado a casarse. ¿Cómo hubiera podido oponerse? Aunque en el fondo de su corazón era con el chico de la tienda de tabaco con quien hubiera querido casarse, ambos eran solo unos niños y, por otro lado, Roku nunca le había hecho ninguna propuesta. Finalmente ella se había resignado, sí, resignado, a abandonar los sueños inciertos de ese bello amor y se había casado sin deseo alguno con Harada Isamu. Algo que no había sido nada fácil. Hasta el último momento había pensado en Roku entre sollozos. Y este, igualmente debía de haber pensado en ella. Quizá eso estuviese en el origen de su decaimiento. ¡Cómo debía de odiarla, esa noche, con su aire de mujer casada y con su moño elevado! Ella hubiese querido decirle que no era tan feliz como aparentaba… Se volvió, entonces, hacia él preguntándose qué estaría pensando, pero su rostro permanecía impasible. Nada en Roku manifestaba que estuviese alegre por tan extraordinario reencuentro.

Pronto llegaron a Irokôji. Allí, Oseki podría encontrar un vehículo. Sacó dinero del portamonedas y lo envolvió cuidadosamente con varias hojas de papel de arroz con dibujos de crisantemos.

—Perdóname, Roku, es muy poco, pero con él podrás comprarte algunos pañuelos. No te había visto hacía tanto tiempo, tenía tantas cosas que decirte… Pero ¿cómo encontrar las palabras? Ahora tengo que irme. Cuídate mucho, por favor. Así tu madre encontrará

sosiego. Rezaré por ti. ¡Quiero volver a ver al Roku que conocía, con una bonita tienda, como antaño! Hasta la vista, Roku.

Él tomó las hojas de papel que le entregó.

—No debería aceptar, ¡pero como viene de ti, lo haré! Como recuerdo. Detesto los adioses. Ha sido como un sueño volver a verte. Bueno, yo me voy, también. Qué desiertas están las calles por la noche, ¿verdad?

Partió con el *rickshaw* vacío a su espalda. Recorrió algunos metros y luego se dio la vuelta para mirar a Oseki. Él iba hacia el este y ella hacia el sur. Bajo la luz de la luna, la vio marcharse abatida, sola, por la calle principal, entre el temblor de los sauces y el ruido apagado de sus chanclos de madera. Uno vivía en el primer piso de la pensión Murata; la otra era la esposa del gran Harada. Cada uno, en la vida, arrastraba su cuota de melancolía.

Día de nieve (*Yuki no hi*)

Mientras los copos danzan en el aire como alas de mariposas silenciosas y cubren, hasta ocultarla, la tierra con un manto de plata, sobre los árboles desnudos del invierno, los pétalos de cristal que se forman rivalizan con los de las flores de primavera…

¡Cómo envidio a quienes celebran en sus poesías y en sus cantos la belleza de la nieve, junto a la de la luna y las flores! Porque para mí es todo lo contrario. Los días en que cae sin cesar la nieve me recuerdan un pasado doloroso y todavía muy presente. La nieve me hunde en los remordimientos y la tristeza. Me ahoga en ocho mil lamentos inútiles. ¡Qué error haber abandonado la tierra de mis antepasados y haber huido lejos de mi tía, que con tanta ternura me criaba! He ensuciado el nombre que mis padres me dieron. Me habían llamado Tama, su «joya». Jamás hubiesen podido imaginar que la rutilante piedra preciosa se vería un día empañada por los arañazos de una vida tan miserable… He caído en un torrente de montaña y voy a la deriva, para ser finalmente tragada por la turbulencia de las aguas. Sin duda, mi temprana edad contribuyó a mi pérdida, con ayuda de la nevada que ese día cayó.

Procedo de un pequeño pueblo de montaña rodeado de hierba verde y espesos bosques. Los Usui éramos gente conocida y respetada en la región. Yo era hija única, la última de la progenie. Por desgracia, mi padre y mi madre abandonaron pronto este mundo. Entonces mi tía, que se había casado en otras tierras pero que ahora era viuda, regresó a la región para ocuparse de mí. Desde los tres años, se consagró a mi educación como si yo fuese su propia hija. Flor o mariposa, yo era su ser más querido. Creo poder afirmar que recibí de ella un verdadero amor de madre. Cuando cumplí siete años, se cuidó de que tomase clases de caligrafía con un maestro consumado, y ella misma se encargó de enseñarme música con fervor. Pero ningún guardabarrera puede detener el paso del

tiempo… Un día se acabaron los alargamientos de los vestidos y comencé a depilarme las cejas. ¡Qué placer me produjo poder ceñir mi cintura con una lazo de chica joven! ¡Qué tonta era por aquel entonces! Cierto que ya estaba desarrollada del todo, pero era poco despierta en comparación con las jóvenes de la capital. Seguía siendo una niña. No comprendía que hombres y mujeres son criaturas distintas. La vida no presentaba sufrimiento alguno: era ligera, luminosa.

Durante el invierno de mis quince años, del todo ignorante de las cosas del amor, los fríos vientos trajeron con ellos un rumor. Pronto mi tía tuvo noticia del escándalo: se decía por todas partes que yo estaba enamorada.

El mundo en que vivimos es un mundo de errores. Los rumores rompen contra nosotros como las olas de un río sin nombre y nos salpican con el lodo de las falsas acusaciones. Mi compañero en el escándalo era Katsuragi Ichirô, un profesor de mi escuela. Era un hombre muy bien parecido, natural de Tokio. Todos los alumnos lo escogían en razón de su gentileza y lo admiraban. Vivía a menos de un kilómetro de mi casa, en el norte, en un pequeño pabellón de los alrededores del templo Hôshô-ji. Yo era su alumna desde el inicio de mi escolarización, y su preferida. No es fácil deshacerse de una costumbre. A veces él me hacía una visita, otras veces yo le acompañaba de vuelta a su casa. Me trataba un poco como a su hermana pequeña. Al no haber tenido ni hermanos ni hermanas, esto me entusiasmaba. En la escuela, sentía cierto orgullo de esta relación. Y sin embargo, cuando lo pienso hoy en día, aquello debía parecer bastante extraño a ojos de la gente. Aunque nuestra relación era límpida como el agua fresca, yo me peinaba como una chica joven. El mundo de la infancia quedaba a mis espaldas. Tenía treinta y tres años… En realidad, yo desdeñaba los preceptos leídos en los clásicos: el que los chicos y las chicas debieran efectuar actividades separadas a partir de los siete años me traía sin cuidado[1]. ¡Qué tonta era yo por aquel entonces!

La gente empezó a reprobarnos, considerando que mi conducta era indigna. Una vez que un rumor se expande, no se detiene jamás…

«¡Qué desgracia que una joya de brillo tan puro se vea así empañada! —se lamentaba mi tía—. Esto te conducirá a una vida

desgraciada, lo sabes bien. ¿Has olvidado el esfuerzo que he hecho para educarte? ¡Que alguien pueda decir que la última descendiente de la familia Usui se comporta de modo tan indecente! ¿Sabes lo que cuenta la gente?: ¡que no obrarías así si tus padres estuviesen vivos! Me sabe mal sobre todo por tu madre, ¡ella, que en sus últimos momentos me rogó desde su lecho de muerte que cuidara de ti! ¡Su voz era tan débil que apenas se le entendía! ¡Oh, es más de lo que puedo soportar! ¡Verdaderamente sabía lo que se decía quien escribió que los padres padecen a veces ceguera por amor a sus hijos! ¡Después de todo cuanto he hecho por ti! Acabaremos siendo el hazmerreír de todo el pueblo. ¡Francamente, ya no sé lo que debo hacer, ni por la memoria de tu madre ni por la reputación de la familia!».

Normalmente mi tía hablaba bastante poco. Pero en esa ocasión no dejó de insistir en sus advertencias, aunque bajando la voz un tono por miedo a que los vecinos la oyesen. Yo me sentía completamente desamparada. Al principio no comprendí bien lo que quería decirme, pero luego fue más explícita:

—Escúchame, Tama. El señor Katsuragi te quiere, es cierto, y tú estás enamorada de él, tampoco lo dudo. Pero sabes que hay ciertos principios que hay que respetar en este asunto. Los Usui nunca nos hemos casado con nadie que no fuera de nuestra población, y todavía menos con alguien de Tokio. Aun sabiendo quién es, nada sabemos de él ni de sus orígenes. Es impensable que un día pueda llegar a formar parte de una familia tan respetable como la nuestra. Lo cual no tiene nada que ver con que os queráis. Si al menos esos rumores careciesen de fundamento… ¡Una razón más para alejarte de él! Debes dejar de verlo a partir de ahora. Ya no tienes necesidad de aprender lo que sea que te enseñe. Si lo he tratado con deferencia hasta ahora es únicamente por afecto hacia ti. Habitualmente no tengo tantos miramientos con un vulgar extranjero. Te he educado lo mejor que he podido durante todos estos años. La gente ha dicho siempre que eras muy buena chica. ¡Estaba tan orgullosa de ti! ¡Pero llegó él y lo estropeó! Lo hecho, hecho está; ahora debes cambiar radicalmente de conducta. Debes limpiar tu nombre para procurar así que me apacigüe un poco. Recuérdalo: él es tu enemigo. ¡Si tienes algún respeto hacia tu familia y hacia mí, olvidarás bien pronto a ese Katsuragi Ichirô!

¡Prométeme que no entrarás en su casa aunque pases delante de su puerta!

Estas reprimendas me herían tan cruelmente el alma que no podía contener las lágrimas. Yo lloraba, lloraba ruidosamente con el rostro entre las mangas.

—¡Qué lamentable! —replicaba yo—. Que la gente murmuré de mí es una cosa, el pueblo entero puede rechazarme, ¡pero que mi propia tía dude de mi sinceridad y me acuse verbalmente de este modo…! ¡Como si conociese a Katsuragi de hace muy poco! La situación es perfectamente clara, no hay duda alguna. ¿Cómo puedes dejarte impresionar por todos esos chismes? ¡Mira más allá y deja de juzgarme, por favor! ¡Estaría dispuesta a partirme el corazón para probarte mi inocencia!

¿Qué encubría mi pobre corazón? Yo misma lo ignoraba. Mis emociones eran como caballos salvajes cuyas riendas no podía sujetar. Un simple dosel de bambú puede constituir a veces una auténtica barrera. A lo largo de la decena de calles que nos separaban, la vigilancia de las miradas velaba para mantenernos separados al uno del otro. Pronto llegaron los primeros fríos del invierno, que desnudaron los árboles poco a poco. Yo envidiaba las hojas de arce que llegaban hasta él en torbellino. Las seguía con la mirada para ver adónde iban. La vista del pequeño bosque cerca de su casa me invitaba a seguirlas. Me venían imágenes, principalmente las de su casa en el límite del pueblo. Al son triste de las campanas del templo Hôshô-ji, mi alma se elevaba al cielo, pero las reprensiones de mi tía pesaban grandemente sobre mí. No me atrevía a dar el paso. ¿Quizá sería él quien viniera? Lo aguardé. Seguramente el rumor habría corrido por allá abajo. Eso le haría dudar. No tenía ninguna noticia de él. Cada día equivalía para mí a un millar de otoños.

Entre tanto, el año tocó a su fin y llegaron las alegrías del nuevo año. El día siete mi tía partió hacia el pueblo vecino para desear un buen año a sus parientes. El cielo, nuboso desde la mañana, se ensombrecía. El viento había cesado pero hacía un frío que helaba los huesos. Me sentí terriblemente sola. De pronto me di cuenta de que fuera estaba nevando. Me pregunté, inquieta, acercando las piernas al brasero bajo la mesa, si mi tía no iba a pasar mucho frío. Nevaba densamente ahora, gruesos copos como de algodón. Pronto

todo quedó cubierto, el jardín, la valla. Abrí con suavidad la ventana. Tras la casa, los campos y los arrozales se hallaban completamente cubiertos. El pequeño bosque próximo al templo, que miraba cada día desde hacía tanto tiempo, tenía en ese instante el mismo color que el cielo. Él se encuentra ahí abajo, pensé con emoción.

Si existe un dios de la desgracia, entonces no hay duda de que estaba interesado por mi persona. ¿Qué rondaba por mi espíritu en ese momento? El bien y el mal ya no existían para mí. Languideciendo por no poder verle hacía tanto tiempo, salí de la casa paterna en el más absoluto extravío. No me vino a la mente que estaba despidiéndome de esta casa que conocía desde siempre. Con gran impaciencia, me precipité al jardín.

—Señorita, ¿adónde va usted con un tiempo semejante?, ¿no quiere coger al menos un paraguas? —dijo, haciendo que me sobresaltara, un sirviente de nuestra granja, Heisuje, hombre de espíritu algo lento.

—Voy a buscar a mi tía —respondí, mintiendo.

—¿Con este tiempo? ¿No ha pensado que quizá se quede a pasar la noche allá abajo? Si desea que alguien vaya a buscarla, deje que vaya yo y espéreme aquí.

—No, no, quiero ir yo. Deseo darle una sorpresa. ¡Se pondrá tan contenta al verme llegar con esta nieve! Tú limítate a hacerte el desentendido.

—¡Qué insensata! Vaya, pues, pero al menos coja esto —dijo él riendo a carcajadas y entregándome su paraguas—. ¡Y cuidado con no resbalar!

Cuando hay un vínculo entre dos seres, todo adopta el color del amor… Si mi tía se había mostrado tan fría y estricta conmigo, no era, en realidad, sino por mi bien. No fue hasta más tarde que comprendí que yo había obrado de manera indigna, pese a todos los esfuerzos que ella había hecho por mí.

Cierto, estaba enamorada de mi profesor, pero ni en sueños había imaginado que un día sería mi marido o que partiríamos juntos hacia otros lugares. De hecho, en pleno vagabundeo acabamos por cometer la falta presentida y, como el bambú negro que se curva bajo el peso de la nieve cerca de la ventana, terminamos por ser destruidos por la fuerza de nuestra propia

ofensa. Abandonar la comarca y abandonar a mi tía: ese fue el delirio de ese día de nieve.

El rencor que siento ahora hacia mi marido es, asimismo, entristecedor. Las flores resultan embriagadoras en la capital. ¿Cómo hubiera podido igualarlas una planta de montaña como yo? Me siento ahora tan abandonada y sola como una hierba seca por el invierno. Con los ojos llenos de lágrimas, vuelvo hacia mi pasado y constato que todo ha sido un error. Enseguida tuve noticias. Mi marcha sumió a mi tía en una melancolía tal que murió en otoño de ese mismo año. Es inútil lamentarlo. Ya no me queda nada en este mundo. Trato de preservar una cordura que me era desconocida, permaneciendo fiel a un hombre que se muestra insensible. Shikibu tenía razón al escribir en uno de sus poemas que la primera nieve cae sobre un mundo con penas siempre en aumento.

Y ahora vuelve a caer la nieve, un año más, inconsciente sin duda de la tristeza que provoca, ocultando con su manto blanco el boquete en la verja, envanecida por la belleza con que recubre el mundo…

Yo también la apreciaba. Antaño.

Flor de cerezo en la noche (*Yamisakura*)

1

Solo un dosel de bambú separaba las dos casas, que compartían un mismo pozo en el jardín. El agua de dicho pozo era profunda y pura como la relación que fomentaba entre los dos vecinos. Cerca del alero de una de las casas florecía un ciruelo que aportaba la primavera a la otra familia. Los Nakamura, así como los Sonoda, se deleitaban conjuntamente con el perfume del árbol en flor.

El jefe de familia de los Sonoda había muerto el año anterior. El heredero era Ryûnosuke, un joven de veintidós años, estudiante en la universidad.

La familia Nakamura no tenía más que un vástago, una hija a la que mimaban como a un tesoro desde la muerte de su hijo de corta edad. Ni el propio viento tenía derecho a soplar sobre las flores prendidas en sus cabellos. Su nombre testimoniaba, por otra parte, las esperanzas que sus padres tenían puestas en ella: la habían llamado Chiyo, los «diez mil años» de la vida de una grulla [1].

El precioso árbol mostraba ya sus primeras hojas, predisponiendo desde hacía tiempo a la chica a favor de un porvenir a la medida de la belleza que afloraba en ella. Era más bonita que un capullo de flor cuando se abre poco a poco en las colinas, bajo la lluvia de primavera. ¿Cuándo llegaría a florecer plenamente? Ella parecía dudar, como la luna jugando a través de las ramas de los pinos. A los dieciséis años, se adhería al alto moño suaves cintas coloreadas y con dibujos de volutas. Gracias a ello resplandecía como la más bella flor del jardín. «¿Has visto? ¡Es la hija de los Nakamura!». Incluso los que nunca antes la habían visto hacían comentarios… ¡Resultaba fastidioso, de algún modo, ser una mujer bella!

De niña se complacía en extraños juegos, como hacer volar una cometa hasta provocar que silbara agudamente a través del viento del norte. ¡Y qué inoportunos los postes de telégrafos!

Pero ella pensaba que esto correspondía al pasado. Ahora tenía más años. Si Ryûnosuke quería seguir jugando a las muñecas con ella, si no había reparado en que había cambiado, en que ya era adulta, ¡no iba a atormentarse por ello! Era frecuente que su reidora charlatanería se transformase de repente en querella.

—¡Ya no vienes a verme!

—¿Y por qué quieres que venga?

Esto sucedía cuando habían transcurrido uno o dos días sin verse, antes de que llegase de nuevo el tiempo de las excusas.

—Te pido perdón por lo de ayer, Ryûnosuke. Estaba equivocada. Perdóname por mis caprichos. ¡No volveré a hacerlo! —rogaba ella con su aire cándido.

Los hielos de la primavera acabaron fundiéndose… Ella, al fin y al cabo, seguía siendo una niña…

—No, la culpa es mía —se excusaba Ryûnosuke.

No tenía ninguna hermana y no conocía bien a las muchachas. Pero, una hermana, ¿hubiese sido tan adorable como Chiyo?

Ella le sonrió tirándole de la manga.

—¿Sabes, Ryûnosuke? Tuve un sueño magnífico anoche. Tú te habías diplomado en la universidad, encontrabas un puesto importante en alguna parte y yo te veía sentado en un bello *rickshaw* lacado en negro y con un sombrero en la cabeza. ¡Y luego entrabas en un espléndido edificio de estilo occidental!

—¿Estás segura de que no erá al revés: que yo resultaba aplastado por el vehículo? —bromeó él.

Esto no agradó a Chiyo que, frunciendo las cejas, le respondió:

—¡No deberías decir esas cosas! ¡Te pueden traer la desgracia! ¡Harías mejor en no salir hoy de tu casa!

Estas supersticiones chocaban en una joven de educación moderna, pero Chiyo creía sinceramente en lo que acababa de decir. Pese a estar tan unidos, no se sentían en absoluto embarazados. Lo ignoraban todo de la melancolía de este mundo y pasaban sus días entre risas.

En estos días de mediados de febrero, un viento frío soplaba para recordar que la primavera no había llegado todavía; pero, al

final de la tarde, decidieron finalmente ir a ver los ciruelos en flor. Era el día de la Diosa de los Guerreros[2]. Chiyo se estrechó contra la manga cálida de Ryûnosuke.

—Ryûnosuke, no habrás olvidado tu promesa, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Por qué habría de olvidarla? Espera un poco… No, no veo…

—¿Ves? La has olvidado. Con lo que insistí al partir.

—¡Sí, sí, sí que la recuerdo! Dijiste que querías ver el espectáculo de marionetas, la historia de Oshichi, la hija del vendedor de verduras[3].

—¿Lo ves? ¡No haces más que mentir!

—Entonces se trata, quizá, del oso salvaje que han traído vivo de Tanba. ¿Es esto lo que querías ver?

—Importa poco, ¿verdad? Me vuelvo a casa.

—¡No, no! ¡Bromeaba, perdóname! Debería saberlo: ¡la señorita Nakamura Chiyo no puede de ningún modo interesarse por cosas tan estúpidas como las que acabo de nombrar!

—¡Olvídalo! Ya no necesito nada.

—¡No te pongas así! ¿Quieres que todo el mundo se burle de nosotros? ¡Discutir mientras se camina es dar un espectáculo!

—¡Entonces para de atormentarme así!

—¿No te he pedido excusas? Absortos en la disputa hemos pasado de largo la pequeña tienda de ultramarinos sin darnos cuenta.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? Me pregunto si un poco más lejos encontraremos otra.

—No lo sé. Pero ¿qué puede desear la chica que decía no necesitar nada hace un instante?

—Dejemos esta discusión, ¿quieres?

Y todo volvió a la normalidad. Tomaron una calle transversal adornada con ciruelos en flor. «Por allí», les dijo alguien. Oyeron entonces el ruido de un par de zuecos de madera que golpeaban el suelo muy deprisa. Era una anciana ciega que tocaba el *samisen*. Una verdadera Asagao de los tiempos modernos[4]. Estaba interpretando el célebre estribillo: «Antes que el rocío no abandone la enredadera, ¡qué profunda emoción!». «¡Gustad, gustad de mis dulces de jarabe de mijo!», gritaba un vendedor, alardeando del dulzor de sus productos, mientras que un competidor, justo a su

lado, resaltaba la calidad de sus incitantes bizcochos salados.

—¡Mira, Chiyo, el segundo árbol a la derecha!

—Oh, sí, ¡qué hermoso es el color rosa de esas flores de ciruelo!

Se hallaba absorta en su contemplación cuando alguien le dio un golpecito en la espalda.

—¡Chiyo!

—Sí —dijo ella volviéndose y descubriendo a un grupo de amigas que llevaban el moño al estilo occidental.

—¡Parecéis entenderos bien vosotros dos! —espetó una de ellas con sus labios en forma de pétalo de flor.

Todas soltaron una gran carcajada antes de desaparecer tan rápido como habían aparecido, dejándolos solos en la brisa del anochecer.

—¿Quiénes eran, Chiyo? ¿Compañeras de colegio? Parecían muy inquietas, ¿verdad? —dijo Ryûnosuke estupefacto, mirando cómo se alejaban.

Chiyo, con la cabeza baja, se hallaba todavía más molesta que él.

2

¿De dónde procedía, pues, ese sentimiento que todavía ayer ignoraba y que ahora hacía palpitar imperceptiblemente su corazón? Se sentía como perdida en la oscuridad del mundo. La voz de Ryûnosuke penetraba en su ser por completo. Pensar en él hacía que temblara. Se sentía enamorada. Una mezcla de vergüenza, de enfado y de inquietud surgía de esa constatación. Él se reiría de ella si se lo confesaba. La despreciaría si la veía bajo ese nuevo aspecto… Ya no podía responder ni a la más simple de sus propias preguntas. ¡Le habría gustado desaparecer bajo la estera, limpiar todo el polvo que encontrase y hacerse una montaña tan alta como los pensamientos que la asediaban! ¡Tenía tantas ganas de verlo! Ayer, se lo hubiese dicho abiertamente, incluso con ligereza. Hoy, empero, se atormentaba obligándose a no pronunciar su nombre ni a evocar su entorno, lo que hacía que la situación fuese aún más penosa. Le parecía que el corazón le ardía en el pecho con un fuego que solo las lágrimas del conocido poema habrían podido

apagar [5].

Aunque no había logrado dormirse enseguida, estaba agotada y acabó haciéndolo. Él se le había aparecido en sueños. Se le acercaba y, mientras le acariciaba la espalda, le preguntaba: «¿En qué estás pensando?». «Ah, ¿eres tú?», había respondido ella quedamente, bajando la cabeza. En sueños, obraba como en la realidad… «¡Esconder los sentimientos es interponer una barrera! ¡Cualquiera puede adivinar que estás enamorada! ¿A quién amas? ¡Cómo deseo a ese hombre!», se lamentaba una voz. Ella le respondía: «¿Crees que voy a consumirme así por un extraño? ¿No ves cómo he adelgazado?». Con gentileza, él había cogido la mano que ella le ofrecía y, sonriendo, le dijo: «Entonces, ¿de qué se trata?». Ella se disponía a responder cuando, en ese instante, la campana del templo anunció el amanecer en su almohada. ¡No había sido más que un sueño! Le recordó algo tan cruel como el canto del gallo que separa a los amantes cuando amanece [6].

Se hacía de día y lamentaba tener que verse obligada a abandonar su sueño. Una extraña sensación la invadía.

—¿Qué te sucede esta mañana? ¡Tienes mala cara! —le preguntó su madre, que no podía adivinar qué era lo que tenía alterada a su hija.

Chiyo se sintió enrojecer. Toda la mañana trató de concentrarse en sus trabajos de aguja, pero ningún trabajo manual hubiese podido apaciguar la ansiedad de su corazón. Dejó de coser un instante y, resuelta a no pensar ya en nada, se dijo que debía expulsar esos pensamientos de su espíritu. Ese amor, ¿podría materializarse? Si ella se lo confesaba, seguro que la rechazaría. ¡Qué humillación, entonces! No; valía más que siguiese siendo una hermana, que no hubiese ninguna barrera entre ellos. Así la querría más. Un día no muy lejano sin duda él se casaría. ¿Qué tipo de mujer escogería? Una mujer bella, no cabía duda. Podría conseguir una verdadera belleza, una mujer cultivada que supiese de música y letras. Estaba convencida; y él también, ciertamente. ¿Qué sería de su larga amistad si ella le confesaba que no se veía a su altura? ¡Oh, qué triste imaginarlo! Se decía que tenía que dejar de pensar en ello. Hasta ahora se sentían muy cercanos el uno del otro. Era como su hermano mayor. No podían, pues, empezar a odiarse, era imposible. La idea de que Ryûnosuke le dijera algo tierno, por poco

que fuese, la hacía desfallecer. Fingía no comprenderlo, hasta el momento en que las lágrimas consoladoras caían por sus mejillas y entonces sus firmes resoluciones se desvanecían en un santiamén. Al mismo tiempo, su gentileza le era insoportable. Si él hubiese sido básicamente inconsiderado con ella, le hubiese sido más fácil renunciar. No sabía, por otro lado, a quién culpar. ¿Era culpa suya que no pudiera olvidarlo? ¿O bien era culpa de él? Sí, él era el responsable; y además lo detestaba y no quería ya verlo ni oírlo más, pero esto solo hacía que atizar aún más el fuego de su corazón, lo que, sin duda alguna, era lamentable. Pero dejaba que ardiera su cólera mientras decidía que si él no ponía los pies en su casa, no sería ella quien fuese a buscarlo. Era triste llegar a ese punto, ciertamente, pero el agua y el fuego no hacen buenas migas, constataba ella, aliviada por la decisión adoptada. Sí, lo había decidido: a partir de hoy no volvería a verlo. Y si él se lo tomaba a mal, mucho mejor: en el fondo era todo lo que ella deseaba.

Mientras examinaba la regla de costura que tenía sobre las rodillas, reconoció una voz en la estancia vecina: era la de él. En un instante sintió que vacilaban todas sus resoluciones. ¿En que había estado pensado, pues, hasta entonces? En realidad, la única cosa que le importaba era volver a verlo…

Por lo que respecta a Ryûnosuke, tenía ciertamente afecto por Chiyo, pero no era amor lo que brillaba en sus ojos. La encontraba adorable, pero ningún deseo turbaba sus sentimientos. La idea misma de que alguien pudiese amarlo en este mundo jamás le había venido a la cabeza. Estaba, pues, lejos de imaginar, de compartir, la pena de su joven amiga. ¿Qué podía efectivamente reprochársele a un joven tan radiante e indiferente como Ryûnosuke? Y entre tanto, ¿qué porvenir podía aguardarle a Chiyo? ¿La melancolía? ¿Cuándo volvería a ver la primavera, la estación de las flores? Nadie podía decirlo. Solo los brotes jóvenes del seto anunciaban la inminente eclosión de la naturaleza.

3

—Chiyo, ¿te encuentras hoy mejor? —preguntó Ryûnosuke apartando el biombo y arrodillándose ante su cabecera.

¡Qué vergüenza le producía que la viera con los cabellos despeinados! Hizo un esfuerzo para incorporarse, mostrando con ello sus manos enflaquecidas.

—¡No, quédate acostada! No vayas a fatigarte por pura cortesía. Estás enferma. ¡Si deseas incorporarte un poco, apóyate en mí!

La ayudó, pues, a adoptar una postura más confortable.

—¿No estás en período de exámenes en este momento?

—Sí.

—¿Es entonces razonable que pases todo este rato conmigo?

—¡No te preocupes por eso! No es bueno para tu enfermedad.

—¡Te aseguro que me sentiría muy mal si perturbara tus estudios!

—¡Más que preocuparte por el éxito de mis exámenes, trata de curarte lo antes posible!

—Te agradezco la gentileza, pero ¿sabes?, no estoy segura de si voy a curarme esta vez.

—¡Mira que dices tonterías! ¡Para curarse hay que querer curarse, es cuestión de voluntad! ¡Deja de ser tan pesimista! ¡Piensa en la preocupación que provocarás a tus padres! ¡Inquietarlos de este modo no forma parte de tu estilo de hacer las cosas!

—¡Es cierto, pero no creo que pueda recuperarme de aquello que me hace sufrir! —dijo ella con voz muy débil y con los párpados hinchados por las lágrimas.

—¡No digas más tonterías! —respondió él, aunque en el fondo sabía bien que el asunto era serio.

Día tras día la debilidad aumentaba. Sus rollizas mejillas, otrora adornadas por dos bonitos hoyuelos, aparecían ahora absolutamente enflaquecidas. Su rostro se había vuelto pálido, casi transparente. En cuanto a su cabello, seguía siendo de un negro tan profundo que mudaba a verde, pero había empezado a caérsele y ya no tenía el mismo brillo. Su decaimiento hubiese abrumado a cualquiera y Ryûnosuke no era indiferente a ello y se sentía presa de una inquietud que mucho antes que él los poetas habían experimentado y cantado. Por otra parte, Chiyo llevaba una ropa con unos motivos de hierbas salvajes que parecían también mustias, mientras que, por la parte delantera, pendía, flojo, color rosa pálido, el nudo de su kimono de enferma encamada.

¿Durante cuántos días podría venir a verla? Hacía años que se

conocían. Raras veces se habían separado. Siempre habían estado muy unidos. ¿Por qué no se había él dado cuenta de sus verdaderos sentimientos? ¿Qué había ocurrido en ese corazón de mujer joven? La noche pasada, Ofuku había llegado corriendo y le había contado, con los ojos llenos de lágrimas, que en los momentos más intensos de su fiebre, Chiyo lo llamaba. Entre sollozos, había añadido que él estaba en el origen de su enfermedad. Claro… Lamentaba no haber comprendido antes y le reprochaba no haberle querido revelar el fondo de su corazón. Esta mañana, cuando había venido a visitarla, ella se había sacado del dedo enflaquecido una joya que le había entregado con una sonrisa desesperada, diciéndole: «Me gustaría que la guardases como recuerdo». Si lo hubiera sabido antes, no habría permitido jamás dejar que se enfermara así. Él tenía toda la culpa. Se lo reprochaba a sí mismo cruelmente.

—Ryûnosuke, ¿llevas la joya que te he dado esta mañana? —preguntó ella con un leve hilo de voz.

Demasiado alterado como para poder responder, le mostró la mano izquierda. Ella la cogió, la atrajo hacia sí y se quedó contemplándola.

—¡Recuérdame durante mucho tiempo! —se atrevió a decirle, escondiendo, luego, el rostro lleno de lágrimas en la almohada.

—¡Chiyo! ¿Estás bien? ¿Seguro que estás bien? ¡Ofuku, dale el medicamento! —dijo, y ya aparte añadió—: Verdaderamente está muy pálida. Señora Nakamura, ¿sería tan amable de venir un minuto, por favor?

Cuando Ryûnosuke la llamó, la madre de Chiyo, que se hallaba rezando en la habitación vecina, corrió junto a su hija, seguida de cerca por Ofuku, la criada, ocupada hasta ese instante en acarrear agua.

Chiyo abrió los ojos.

—¿Ryûnosuke?

—Ryûnosuke está ahí, cerca de ti, a tu derecha.

—¡Mamá, pídele a Ryûnosuke que vuelva a su casa!

—¿Por qué? —se inquietó Ryûnosuke—. ¿Acaso te molesta que permanezca aquí?

—Pues, entonces, Ofuku, ¿puedes pedirle, por favor, a Ryûnosuke que regrese a su casa? —insistió.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo puedes hablar así con lo amable que

ha sido contigo? Tómate los medicamentos, te sentirás mejor…

—¿Mamá?

—Sí, estoy aquí, Chiyo, estoy aquí. ¿Cómo te encuentras? He mandado llamar a tu padre. ¡Valor hija mía, tómate el medicamento!

Chiyo se llevó la mano al pecho.

—¿Te duele? Sí, seguro, con esta fiebre… Ofuku, llama rápido al médico. Papá, no te quedes ahí de pie, muévete. ¡Ryûnosuke, dame esa toalla!

—¡Oh, mamá, te lo suplico, pídele a Ryûnosuke que se vaya!

—Ryûnosuke, ya has oído, ¿verdad? —dijo la madre.

Qué triste estaba al ver tan alterada a esa madre y a su hija que, a cada palabra, perdía un poco más de aliento. Todos congregados ante aquel rostro lívido.

«La vida es tan efímera como las perlas del rocío[7]; esta noche será sin duda la última», pensó Ryûnosuke. Sabía que ella deseaba verle marchar, pero separarse de ese modo tan brusco le resultaba realmente doloroso. En cuanto a Chiyo, no podía soportar la inquietud de Ryûnosuke en estos momentos finales.

Él estaba a tan solo dos pasos del biombo que rodeaba el lecho. Chiyo le dijo con un hilillo de voz:

—¡Ryûnosuke!

Él se volvió.

—¿Sí?

—¡Mañana estaré recuperada!

Fuera no había ni un soplo de viento. Los pétalos del cerezo cercano al alero de la entrada caían uno tras otro al ritmo de la triste resonancia de una campana en el cielo del anochecer.

Ichiyō Higuchi (1872-1896) fue una de las escritoras más relevantes del periodo Meiji. En una era donde florecieron grandes autores que mostraron las complicadas relaciones entre tradición y modernidad en el cambiante Japón de finales del XIX y principios de siglo XX, Higuchi destaca por una obra delicada que transita entre el aire clásico de sus historias y una voz fresca y cercana que le valió el reconocimiento de los lectores de su época.

En su breve trayectoria literaria (la autora falleció con tan sólo veinticuatro años de edad), sus relatos y novelas se caracterizan por su sensibilidad y por una aguda manera de ver el tránsito entre la niñez y la edad adulta.

Notas

[1] En la era Meiji, este barrio de Tokio era uno de los más míseros lugares de prostitución. (Salvo que se indique lo contrario, las notas son siempre del traductor.) < <

[2] Instrumento de cuerda semejante al laúd y que normalmente consta de tres cuerdas. < <

[3] Antigua escuela tradicional (siglo XII) especializada en el estudio de la etiqueta marcial e imperial. < <

[4] Esteras de paja de las antiguas casas japonesas. < <

[5] En un conocido canto para *samisen*, el gran poeta de la era Heian (794-1185) Ôtomo no Kuronushi ambiciona poseer toda la provincia a su cargo. < <

[6] Diosa encargada de juzgar quién ha de entrar en el cielo o en el infierno. < <

[7] Según una conocida leyenda, la poetisa Ono no Komachi (ca. 825-900) obligó a uno de sus pretendientes a visitarla cien noches para demostrarle su amor. < <

[8] Colchonetas de algodón para sentarse, habituales en Japón. < <

[9] Personaje de la mitología budista de carácter guerrero, muy representado en el teatro kabuki. < <

[10] Por ese tiempo las mujeres casadas se ennegrecían los dientes y se depilaban las cejas. < <

[11] Famosas cortesanas del período Edo. < <

[12] Perro mapache que, según el folklore japonés, es considerado un animal muy astuto y perverso. < <

[13] El infierno del budismo. < <

[14] Corresponde a un haiku del poeta Bashô que habla del espanto que produce ver a un faisán devorando una serpiente. < <

[15] El Obon o «fiesta de los muertos» es una tradición japonesa en la que se rinde tributo a los difuntos. Se celebra en verano y dura tres días. < <

[16] Templo situado en el monte homónimo, al noroeste de Kioto. Construido durante el período Nara (en el 770), durante la época de Ichiyö pertenecía a la rama Tendai del budismo. < <

[1] Especie de cítara japonesa de trece cuerdas. < <

[2] Topónimos constitutivos de una categoría retórica llamada *utamakura*, propia de la poesía tradicional japonesa, que se nutre básicamente de tópicos paisajísticos. < <

[1] Palabra inglesa de origen japonés (*jinrikisha*), para designar un carruaje tirado por un hombre. < <

[2] Durante la Restauración Meiji se sustituyó el antiguo calendario lunar por el solar. En la decimotercera noche del mes noveno y en la decimoquinta del octavo mes tenían lugar las «fiestas de la luna» (aunque no se celebraban ambas fechas, sino solo una de ellas), en las que se ofrecían al astro nocturno y a las amistades pastelillos de cereal con azúcar. < <

[3] Por Año Nuevo en Japón se tenía la costumbre de decorar las puertas con bambú, tiras de papel de arroz y ramas de pino. < <

[4] Se trata de tres bellezas míticas de la China y el Japón antiguos. < <

[1] En el manual confucianista *Onna-daigaku* sobre el comportamiento de la mujer de clase alta, se conminaba a separar a los niñas de las niñas a partir de los siete años. Estas normas imperaron hasta casi finales del XIX. < <

[1] En el Japón tradicional, la grulla era el símbolo de la longevidad. Los «diez mil años» es una figura retórica en la poesía clásica japonesa. < <

[2] Diosa del panteón budista que a partir del siglo XIII se convirtió en la protectora de los guerreros japoneses. < <

[3] Yaoya Oshichi (1666-1683) se convirtió, tras provocar un incendio por amor y ser condenada a muerte, en personaje muy popular del teatro kabuki. Ihara Saikaku (1624-1693) la inmortalizó en su célebre obra *Las cinco enamoradas*. < <

[4] Protagonista de la célebre obra kabuki *El diario de Asagao*. Huye de sus dos pretendientes, pierde la vista, se mete a saltimbanqui y vuelve a ver cuando encuentra al hombre que ama. < <

[5] Alusión a un poema de Ki no Tsurayuki (872-945) sobre unas lágrimas que, a causa de una pena de amor, destiñen un kimono. <<

[6] Referencia a un poema de Fujiwara no Fuyutsugu (775-826) sobre la obligatoria separación al alba de los amantes clandestinos en la puritana sociedad clásica japonesa. < <

[7] Verso inspirado en un poema amoroso de la antología de poesía japonesa *Gosen wakashû* (una compilación que data del año 951). <<